

ASÍ SE ESTRENÓ MI GENERACIÓN

(Novela- Historia)

-1977-

Eduardo S. Ammatuna(†)

ed©

4

DEDICADO :

A mis padres y hermanos.

A mi esposa e hijos.

**A todos los paisanos de mis
dos tierras que defendieron el Chaco
Paraguayo, y a muchos otros más que
intervinieron en ésta sangrienta guerra.**

Reflexión

No todos tienen la suerte de vivir una guerra. La que yo viví fue, a pesar de todo, un caudal de vivencias altamente instructivo, aunque de sacrificada experiencia.

Estas páginas resumen la guerra que yo viví.

El Autor.

1

ENTRE USTED Y YO (A modo de exordio)

Escúcheme, lector ;
el sujeto que le habla no es, precisamente, el autor de la novela; sino el protagonista principal. Barrunto que se torna imprescindible darle a conocer siquiera algo de mi personalidad antes que usted se sumerja en la lectura de este libro. Es lo que haré acto seguido, con su perdón, por el tiempo que voy a distraerle, o mejor, sustraerle.

Sucedió que el autor fue creándome en alma y cuerpo, de a poco, a través de las páginas que escribiera; y yo fui corporizándome paulatinamente, cada vez más humano, con el transcurrir de las páginas, hasta que al final me incorporé como uno de los tantos de miles de millones de seres que habitan este mundo exotérico, llevando conmigo las penas y las alegrías que son mías; y son mías porque el autor las creó para que yo las viviera y las sintiera con toda la sensibilidad de que soy capaz.

Pero, él no sabe, ni se imagina cuán vigorosa y profunda, tierna y áspera es mi alma. Es por eso que él no sabe lo profundamente que viví, sentí y sufrí los acaeceres y dramas en que me metió su umbría imaginación de escritor.

Él (el autor), aparte, con su lápiz, sus folios y sus invenciones; y yo, moviéndome en el escenario de la vida real, sin su compañía, por supuesto.

Vivimos o existimos en distintos planos en el mundo: su vida es la de su pensamiento volandero y vagabundo, y su lápiz presto a obedecerle (en otros términos, sólo vive cuando escribe); y yo en cambio, vivo con toda la fuerza de mi espíritu y de mi corazón. No soy tanto un mental como un sensitivo...soy humilde, sin ambiciones complejas, ni utópicas.

No, de ningún modo...no es que yo desestime o subestime a mi creador; sólo que conmigo ha sucedido lo que siempre: me he puesto a volar por mis propios medios en cuanto las alas supieron de los aleteos. No obstante, lejos de mí el apartarme del curso que mi creador me trazara. Me habría sido imposible, desde luego, porque un lazo de tinta me tiene, en cierto modo, ligado a sus designios, como esclavo a quien se le niega la manumisión. Empero, a mi agridulce existencia le cupo saborear mieles y acíbares; supo elevarse a las cimas de lo bello y lo bueno; y alcanzó a avizorar el inconmensurable mundo que late del otro lado de la vida...o quizás, no late...no sabría afirmarlo, porque tan solo recuerdo muy bien haber cruzado sus portalones.

Dije que estaba ligado a sus designios (los del autor), puesto que, al final de cuentas, él me traza el itinerario; y yo trasiego por el mundo, no sin cierto albedrío (que me he arrogado a mí mismo, por audaz), con placer o displacer conforme a las fuerzas anímicas y espirituales que fueron desarrollándose en mí.

Todo en la tierra nace y crece: la semilla no es, en apariencia, sino un minúsculo grano inerte, cuando que en realidad es un poderoso núcleo de vida que bulle interiormente. Soterrada, engendra al embrión; que es como decir vida palpitante, que pugna por lograr una ubicación en el mundo; y de este blastema nace un nuevo ser. No tengo porqué constituirme en excepción: con el perfil de mi imagen, viviendo en estado de latencia a la sombra de una mentalidad y una pluma, poco me faltaba para que surgiera pletórico de fuerzas vivas. Y de ahí, a lo que soy, no he tenido que añadirle sino mi voluntad de vivir.

Y aquí estoy ante vosotros (mis lectores), y junto a vosotros, vibrando al conjuro de la luz y el día, aspirando el aire de la vida que envuelve a nuestro hermoso planeta.

Antes de iniciar el relato de los sucesos que conforma el periplo de mi existencia, quiero manifestarles que pasaré de largo las orgías de sangre y dolor; ni me referiré a la sed que trastorna la mente hasta el delirio, el hambre que descuaja la raigambre humana hasta convertirla en harapos. No hablaré del que va saliendo de las trincheras sin manos, brazos, ni piernas; ni del que viene sosteniendo sus tripas con sus trémulas manos, porque el vientre se lo cortó una bayoneta; ni del que murió con el cráneo destrozado; ni del que quedó estúpido el resto de sus días.

Nada de esto me estimula a la narración, porque no está en mi constitución psico-anímica. No nací proclive a ensalzar los crímenes de la guerra legalizada. Por desgracia, las guerras no se han

podido extinguir hasta ahora; es más; se gastan en armamentos millones de dólares por minuto; en tanto que más de un tercio de la población del mundo padece de subalimentación y hasta hambre.

Y hablando del complejo “guerra-hambre”, se me viene a la memoria la maldita ocasión de haber sido testigo ocular de la inaudita maldad de cierta gente, inficionada –supongo- de una perversidad innata. Véase el caso: posiblemente, por imperiosa necesidad de la biología inherente de todo organismo crónicamente carente de vitaminas, unos prisioneros caídos en Campo Vía, que iban rumbo a su lugar de aposentamiento (en las afueras de Paraguarí), se afanaban en comer toda sustancia verdeante que hallasen en su camino. Pues, sucedió que un misántropo pueblerino, enemigo inconfeso de la especie, intencionalmente lanzó su media sandía vacía que acababa de comerse, sobre una enorme bosta de vaca, amplia y succulenta...y, ¡para qué lo hiciera! (sino para darse el gustazo de burlarse de aquellos andrajosos); pues, todos en tropel se tiraron con vehemencia encima del bote de sandía que nadaba en la mierda; se lo repartieron en trozos conforme a sus fuerzas o su viveza; y lo peor, se lo comieron con bosta y todo.

Cambiando de tema, supongo que habrá de interesarles cómo me salvé de la muerte; más concretamente, del fusilamiento a que fuera condenado por desobediencia a la autoridad de mis superiores inmediatos (desobediencia en pleno tiempo de guerra); y, supongo, también, que querrán saber cómo me libré del estallido de mi propio cráneo a consecuencias de un golpazo, mientras iba

a mi destino al frente de lucha, exactamente, al hospital frontal del Primer Cuerpo de Ejército; y, quizás les interese saber con qué gusto comía los galletones cuarteros, perforados y canalizados por dédalos interiores, repletos de polillas...y...tantas experiencias más vividas en plena juventud. Finalmente, les hago saber, no sin cierto orgullo, que yo tuve la gran satisfacción de recorrer el famoso camino “Lóbrego”, de la selva chaqueña; y, también, sufrí el tormento de sentirme acosado por un avión bolí en una ocasión en que regresaba, a cielo descubierto, a mi carpa de descanso, orillando el camino principal en veloz carrera, y aquel sabandija troteándome a mansalva por el mero gusto de matarme. ¡Vaya, raza de cañes ésta de los Hombres!. Pero, confieso que el susto me lo merecía, por torpe, o por idiota.

Todas éstas, y otras muchas vicisitudes les contaré si me siguen con atención, en las páginas venideras.

Sinceramente, aquí habría terminado con las preliminares; pero, mi conciencia me dicta que debo manifestar públicamente mi gratitud a la patria; pues, de no haber mediado ese liadísimo y bello oficio de “soldadito de la patria”, me habrían metido entre rejas, por inconducta, a pesar de mi palmaria inocencia. Yo dormía aquella noche profundamente, con el cansancio de dos años de servicios de guerra. Dormía como si estuviera muerto, o remuerto y medio. Y sin embargo, se me acusaba de haber cometido esa noche un intento de violación. Cosas veredes, Sancho; decíale el Quijote.

Y ahora sí, doy por terminado el capítulo liminar de esta novela, que narra mis pequeños grandes recuerdos de la Guerra del Chaco.

Más que narrárselo, preferiría que me acompañaran a todas partes donde he estado al servicio de una causa grande; porque narrar (como quien dice “pretender hacerles entrar por los oídos lo que vieron mis ojos, lo que gozó y sufrió mi espíritu o mi carne, los dramas pequeños y grandes que pude captar, palpar y sentir en todos y cada uno de los lugares de destino”)... bueno, esa no es una cualidad de la cual me pueda sentir orgulloso. En cambio, si ustedes me acompañan a todas partes, desde el comienzo hasta el fin, quizás pueda demostrarles que en mí hallarán un buen cicerone, porque tengo unas tremendas ganas de mostrárselo todito, y de hacérselo saber todito.

El problema, para mi buen éxito, residirá en que si Ustedes me acompañan, así lisa y llanamente, de ojos para afuera; o si me acompañan de corazón. Porque se sabe que no existe goce verdadero sin la participación del alma; lo que se ve, se siente y se palpa resulta sólo hojarasca si no llega al corazón.

Corazón con corazón ¡adelante!

En este viaje entre amigos; y si no entre amigos, cuando menos entre personas que se respetan y estiman mutuamente, se impone una condición “sine qua non”, que consiste en la imperiosa obligación de despojarse de toda quisquillosidad política y todo fanatismo partidario, porque cuanto se dirá, oirá y verá en este largo

periplo se halla signado, única y exclusivamente, por el ideal supremo de servir a la grandeza de nuestra nación, tan querida por todos nosotros.

Palabras o expresiones que pudieran afectar a personas hipersensibles, son nacidas, en esencia, al calor de un solo sentimiento: el amor a la patria. A ellas, perdón por si acaso...Yo sigo mi camino.

La convivencia social humana, no es sino el resultado de generosas concesiones de todos y cada uno de sus convivientes.

Nada de lo que aquí se dice medra a la sombra de protervas intenciones; antes bien, todo es limpio, transparente, y diáfano como el cristal de roca.

LA CLARINADA DE ALERTA

La clarinada de alerta en defensa de nuestra heredad patria fue la gran pincelada que puso color a mi devenir; porque hasta entonces mi vida transcurría entre el blanco anodino e insípido de una existencia hogareña por demás apacible, y el grisáceo de una vivencia amorfa, sin faro, ni ruta, ni nada...nada que se parezca a un ideal juvenil.

Y ya tenía diecisiete años.

Un ligero matiz esmeralda, abriendo paso a inquietudes insondables y sin definiciones claras, tiñó mi adolescencia: la primera rebelión de mi vida; terreno sin roturar, y que comenzara a transitarlo con un regusto de dios vengador.

No tenía la rebeldía otra motivación que la expulsión de algunos maestros del Nacional, por incapaces y arbitrarios; y otros, por inconducta.

No fue fácil la cosa; pero, felizmente, al final las altas autoridades nos dieron la razón, y la destitución de los docentes inculcados se concretó.

Este episodio pasó, y el tinte gris volvió a mi vida, aunque un tanto menos gris.

El embrión de las inquietudes y de los ideales juveniles había comenzado a rasgar el velo de algunas tinieblas. Un poco más de fuerza, y saldrían a flor de vida tallo y cotiledones saturados de savia instintiva y presta a leudar.

Pero, en eso se quedó, como los fermentos dentro de una caldera, a la espera de su oportunidad.

Transcurrieron casi cuatro años para que sonara el clarín de alerta.

Las fuerzas del ejército boliviano atacaban impunemente a nuestros fortines de vanguardia. Hubo héroes y mártires entre las jóvenes generaciones; y eso, supongo, habría sido el choque emocional que impulsó a la juventud estudiosa a exigir a los gobernantes mayores esfuerzos en la defensa de la heredad patria y la soberanía nacional.

No nos harían caso, o no los supimos comprender, o no nos explicaron debidamente qué ocurría allá en el suelo agreste y árido de la región occidental; y de resultas de este desentendimiento se dio concreción inmediata a una tumultuosa manifestación de protesta frente al domicilio del Primer Magistrado de la Nación.

Allí tampoco nos entendimos; y la multitud de jóvenes rebasó con creces los límites de la compostura y la prudencia; y la protesta se trocó en una endiablada contorsión de rabias cuajadas, proclives a la perversidad.

Y brotó el estallido, so color de diminuta insubordinación, contra el orden establecido y el poder estatal.

La pedrea contra el domicilio privado del Primer Magistrado fue un grotesco acto de repudio al inmovilismo; o, por lo menos, así lo suponíamos los estudiantes. Acto inadmisibile, aunque explicable.

La juventud, pletórica de emociones, está presta a la explosión, que es su ruta de escape natural, anímica y espiritual.

Eso aconteció. Hubo explosión descontrolada; posiblemente sin proponérselo. Acto impulsivo e inconsciente, como colofón de una motivación idealista de alcances nacionales; y, a todas luces, mal comprendida.

Fue la primera gran rebeldía de mi vida, y de la de varias generaciones de jóvenes; pero, diríase una rebeldía “sana e idealista”, cuyos atisbos habrá que ubicarlos en los años escolares. Tanto nos habían enseñado a amar a la patria desde las aulas de las escuelas; y ahora, nos vedaban el camino de la reivindicación nacional; o, por lo menos, tal era nuestra interpretación. Errónea, o no, estaba transida de mucho amor y honor patrios.

Situación de crisis, muy particular, entre la juventud y el Estado. Situación de crisis que sería trasladada a los más altos estratos gubernamentales al amanecer del día siguiente. Empero, el clima no era propicio

para soluciones; las cabezas estaban febricitantes, y la atmósfera, galvanizada. Los cerebros fríos no tuvieron cabida; ni creo que existieran. No había forma de echarle agua fría a la caldera que barbotaba espumarajos. Los ánimos encendidos y los clamores histeriformes ensoberbecían y enceguecían a la multitud.

Oficialmente, la petición estudiantil había equivocado el procedimiento legal; y la juventud, que no entiende de legalismos, sino de estados emocionales, recalentó sus protestas hasta límites que sólo a ella se tolera, en ocasiones; y sobrevino la explosión de sus iras contenidas.

Y de ahí, a cualquier parte, sin rumbo, ni timón.

La barahunda y la balacera: tal el epílogo que enlutó al país.

Parecía cosa del diablo. ¿¡Por qué no pudo haber diálogo!?

¿En qué habían ido a parar la inteligencia, la cultura, el buen juicio y la prudencia de tanta gente ilustre y las de otras tantas vías de formación?!

Así actuaron las mentes privilegiadas de uno y otro bando. Esgrimirían, unos y otros, los mismos empecinamientos: discutir desde posiciones de fuerza.

Del ruido infernal, al silencio insólito, en un parpadeo. En la plazoleta palaciega y en sus adyacencias se podía advertir, de una sola mirada, el porqué del cambio.

Supongo que en este proceso criminoso hubo de por medio manos sucias, muy sucias, cerebros perversos y espíritus egoístas que atizaron las iras; y, a la vez, obnubilaban y degradaban las mentes. Siempre anhelosos estos villanos de que se les diera la oportunidad de pescar algo muy gordo en aquel río de aguas tan encrespadas.

La noche del luctuoso día me tocó turno de guardia, de 12pm. A 6am. en el hospital de Clínicas, cuidando a un compañero de curso, a quien un proyectil le perforara uno de los pulmones, y se hallaba en agonía.

MANOS AJENAS EN LA GUERRA DEL CHACO

“El mundo es ancho y ajeno”. No es solamente una linda expresión del gran Ciro, del Perú; sino, también, una gran verdad. Tiene estilo lapidario; y se sabe muy bien a qué se refería el creador de esta notable frase.

Pues bien, cuando el hombre haya desaparecido de la faz de la tierra, yo pondría en la punta de un tosco palo esta lápida: “El mundo es ancho, y siempre fue ajeno”. Prueba patente de la injusticia del poderoso sobre el débil. Esta alternativa no es obra del azar, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, intencional y brutalmente instauradas. Instauradas por vía de procedimiento antihumanos y anticristianos.

Pero, ¿a qué viene esta divagación? –se me dirá.

Por nada; sencillamente, quería decir que “lo auténticamente nuestro” es muy poco, casi nada, apenas la vida; y aun siendo lo único nuestro, no nos pertenece siempre y en toda ocasión. Pregunto ¿con razón o sin razón?

Con razón o sin ella, ni la vida nos pertenece en un 100 %. Por el solo hecho de vivir el hombre en

sociedad, su vida no es toda suya; una parte se convierte en un capital especial integrante del Bien Común. Parte de mi vida y de lo mío son ajenos; parte de la vida y bienes ajenos, son míos.

Esa es la ley fundamental o “ley primera” de la sociedad humana; y Dios nos hizo saber su voluntad cuando nos dijera, por la voz de sus vicarios en la tierra, que: “los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y los pueblos. A todos y a cada uno les compete un derecho primario y fundamental, de usar solidariamente esos bienes en la medida de lo necesario para una realización digna de la persona humana. Sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social”.

Resumiendo esta ley de Dios, se concluye que el principio general de toda organización social y humana asienta en el antiquísimo precepto de la solidaridad, contenido en este bello pensamiento; “Uno para todos, y todos para uno”.

Precisamente, ésta es la ley que se me trascordó cuando un decreto del Poder Ejecutivo dispuso la movilización general. No comprendía bien, ni nada, ni poco, ni mucho del porqué tendría que exponer mi vida. Sabía que el Chaco era nuestro; sabía que este derecho de propiedad estaba avalado por más de 2.000 documentos existentes en los archivos de la historia americana; sabía que había que defenderlo de la piratería invasora; pero, ¿por qué esos piratas entraban en territorio ajeno? ¿No son, ellos, gente civilizada?

No era fácil de entender; ni nadie se encargaba de explicárnoslo. Se limitaban a exigirnos que brindásemos nuestra juvenil existencia, con sus alforjas pletóricas de ilusiones; a brindarla generosamente. Nunca se tomaron la molestia de explicarnos el meollo de este asunto tan peliagudo, que iba a desembocar derechamente en una guerra.

Había que ir a la guerra –y eso era todo-, a matar o morir, según la suerte que nos cupiera, porque la patria así nos demandaba. Era algo así como la razón de la sinrazón; o, a lo mejor, la sinrazón de la razón.

Un día cualquiera supimos, por conducto de voces rebeldes, que la manzana de la discordia era el petróleo, el bendito (y, a la vez, maldito) petróleo que ambicionaban los plutócratas de allende el río Bravo, que nace en las montañas “Rocosas”, y sirve de límite entre Méjico y EEUU del Norte.

Como diría un contador de cuentos de aventuras, muy pancho, al concluir su relato: “...y resultó que la codicia por el oro negro desató la guerra del Chaco Boreal, sin importárseles un asco el asesinato masivo de seres humanos, ni todo el séquito de males del Apocalipsis”.

Tan cierto era todo esto que nuestro Gran Presidente de la Guerra del Chaco dijo en cierta ocasión que si el ejército paraguayo llegara a aproximarse a las instalaciones petrolíferas de la “Standard Oil”, la guerra se detendría en seco.

Vaya, vaya, la prédica de fraile timorato que se nos echa encima, dirían los magnates del petróleo; **y todo por unos miserables ciento cincuenta mil muertos de dos pueblos atrasados;** que ni

sospechas tienen de las inmensas riquezas de sus respectivos subsuelos.

¿Cómo desatar el nudo gordiano de una guerra que se nos venía gratuitamente; y que sólo serviría para saciar la codicia de unos cerdos multimillonarios, que jamás tuvieron fe en la bella frase de Cristo que condensara su primera lección de amor al prójimo: “Amaos los unos a los otros”; o quizás, tampoco la tuvieron en esta otra: “Creemos en la civilización del amor”.

El caso es que la guerra había sido desatada ya; y que la defensa de la heredad patria exigía nuestro sacrificio...¡Y apenas teníamos veinte años!... se nos demandaba que ofrendásemos nuestra vida; que la dejásemos por ahí, cual pellejo desvaído, sin una vena que latiera, en los matorrales, cañadones o en cualquier rincón montesino.

¿Qué hacer? Me pregunté una y mil veces. De repente me acordé de Calderón de la Barca, y me puse triste, porque acababa de darme cuenta que tenía que decirle adiós a la vida placentera de estudiante. ¡Vaya si añoraría el transcurrir de la vida dulce y sencilla del ayer tan cercano!

El cristal de la quietud ya estaba quebrado; y todo por culpa de una guerra provocada intencionalmente por voluntad de unos gangsters internacionales. Mi alma ensombreció con el ocre del pesimismo; o mejor, de la disconformidad. Disconformidad por el destino que le depararía a mi vida; a mi joven vida, pletórica de anhelos puros y ensueños universales.

¿Volveré vivo? ¿Volveré dentro de un ataúd hecho de cajones baratos?, que, por otra parte, era lo más que podía ofrecerme la patria agradecida.

¡Cuán bella era mi vida de estudiante! Acabo de darme cuenta, ahora que se me está disipando, que se me está yendo, que la veo irse camino de lo desconocido.

Vivía yo frente a la Escuela Normal de Niñas y del Profesorado: las más hermosas jovencitas de Asunción llenaban, día a día, mis pupilas. Sin que me percatara casi –en verdad, lo juro- que hacían placentera mi existencia juvenil. Se me figuraba – imaginación, nada más- que todas eran mías. No sabía con cuál quedarme; si con la de cabellera larga renegrada; la de ojos grandes y glaucos, o la de guedejas rubias; si la de ojos cerúleos o la de sonrisa angelical; la morena de hoyuelos, o la de tez mate y ojos del color de la amatista.

No es que el deleite que me brinda el verlas pasar, me impulsen hoy –ya en plena movilización- a preterir mis obligaciones para con la patria. Pero, sustituirlo por algo que no comprendo muy bien, ni descubro su porqué, ni su cómo. Llevar al holocausto a mis veinte añitos –que son toda mi vida- por culpa de un capricho o ambición de multimillonarios... No lo entiendo, ni jamás lo entenderé. ¿Y el diálogo para qué existe? Me parece totalmente absurdo que no se pudiera hallar la solución justa a un pleito de fronteras, como pretende nuestro adversario. ¿Para qué servían, pues, los documentos históricos, el sano juicio, el don de gentes, los derechos de la legítima propiedad, y,

finalmente, los siglos de civilización que tiene recorridos la humanidad.

En última instancia, mi enigma se sintetizaba en esta interrogante admonitoria; ¿Dar la vida, porqué?

Y el porqué no estaba claro; solamente la palabra “patria” constituía el puente de unión entre el “porqué” y el “tener qué”. Pero, al no hallar razones medulares y sustancialmente convincentes, el vocablo susodicho perdía, por momentos, su esencialidad, y sonaba a los oídos como una voz cualquiera, desprovista de simbolismo. La actitud reticente de mucha gente joven tenía su explicación, y es que “la razón mueve al mundo civilizado”; y no es por nada que nos rotulamos “animales racionales”.

Existía, además, una incongruencia notoria en lo que estaba aconteciendo: ¿Qué de aquello que reza “Dios nos da la vida; y sólo Dios podrá quitárnosla”. Pero el caso es que no era Dios quien quería quitárnosla, sino un grupo de traficantes petroleros.

He aquí el nudo de la cuestión; he aquí la confusión de las mente jóvenes e inexperientes.

Sin embargo, y a pesar de Dios –que Él nos perdone- cuando a la juventud se le concede la facultad de escoger entre la razón y la emoción; a la larga, ella tira siempre del lado de la emoción.

Fue por conducto de este proceso que me decidí por la patria, sea cual fuere el sacrificio. Ya poco me interesaba desnudar el meollo de la guerra del Chaco; y menos intentar desatar el nudo gordiano de la política y las finanzas internacionales.

La palabra “patria” se me encendía de luces, y a su llamado concurrí sin condiciones, sin pesimismo y sin pensar en la ventura personal y un tanto egoísta.

Me presenté a la Dirección General de Sanidad Militar; y ahí, me salió el primer topetazo desestabilizador. Una suerte de acâpeté a destiempo y sin aviso previo.

El Secretario me dijo en tono seco y con un rostro chinchudo: “Vuelva pasado mañana, a las 8 en punto”.

La impresión que recibí fue la de un huésped que llegaba a la hora de comer, sin que fuera invitado. Además, no me sentó nada de aquello de: “...vuelva”; disponiendo de mi persona como si yo fuera su lacayo. Evidentemente, yo olvidaba que estaba dando el paso que trasponía los umbrales de la libertad individual, en dirección al otro campo. Tan solo era miembro en ciernes del ejército, y sin más trámites el superior jerárquico acababa de imponer su voluntad sobre la mía; y eso choca a nuestra manera civil de vivir libres, y de sentirse libres; y además, duele el saberse dominado por otro, cualquiera sea su nivel jerárquico.

-No te arredres por tan poca cosa; ya te irás acostumbrando a la idea de la jerarquía castrense; y a obedecer, incluso, a quien menos te simpatice. Es la disciplina militar. Acuérdate que ya estás dentro del corral, o cuando menos, en su zona de influencia.

A lo hecho, pecho... me dije; y todo lo acontecido con el Secretario lo deposité en la fosa común de los acaeceres obsoletos.

No obstante, volví a la carga, y estallé, espetándome a mi mismo una furiosa queja: “Este

Secretario de porquería me acaba de dispensar un trato de negro, o de esclavo, o de sirviente”.

A punto estuve de reaccionar como correspondía, en salvaguardia de mi dignidad ofendida, y en desagravio a mi sentimiento de hombre libre. No obstante, a tiempo me acordé del bueno del burro, y opté por aplicar su filosofía, que combina sabiamente la tolerancia y la perseverancia. Y me calmé.

Ya había oído en rumores callejeros y corrillos de amigos que, precisamente, los “empotrados” eran los más insolentes, y dispensaban el peor trato a los buenos patriotas. Lo de “empotrado” me gustó –me sabía a venganza y, de hecho, la mostaza se me pasó.

Me presenté a las 8 en punto, conforme se me había ordenado; y cuando me tocó el turno de entrar en el gabinete, el Secretario, sin darme tiempo ni siquiera de saludarlo, me escupió una orden similar a ésta: “Espérese por ahí, por los pasillos, más o menos una hora”.

Ya en el pasillo, un don Nadie me pasó el dato: el Director General no acostumbra a llegar a su oficina antes de las 9 horas. Ahora, ya lo sabía; era cuestión de poner paciencia. Saber el porqué de las cosas es un buen lenitivo para aplacar el estado de tensión; y esperé tranquilo mucho más de una hora. Esto, gracias al recuerdo de una gran “filosofía pópulo”, que circulaba airosa por la calles de Asunción, y que enfáticamente aconsejaba: “non calentarum largo vivirum”. Fue el consejo más sabio que pudieran darme en aquella circunstancia tan bochornosa.

Era estudiante del tercer curso de medicina; y la suerte mía fue que me destinaron al Hospital Nacional de Clínicas, en carácter de oficial de sanidad, con el grado de Teniente 2°. Mis superiores jerárquicos serían, nada menos, que los propios profesores de la institución, y no vulgares personajes de charreteras.

Al decir que “la suerte mía fue que...”, no quise significar que pretendía eludir el tener que ir al Chaco, sino a la perspectiva de seguir aprendiendo al lado de maestros de la talla de Ricardo Odriozola, Benigno Escobar, Carlos Gatti y otros talentosos profesionales médicos.

Pronto comenzaron a llegar los primeros soldados de los frentes de batalla con heridas de todas las características imaginable, y de todas las desgracias posibles.

En el hospital se les sometería al tratamiento clínico y quirúrgico que tendiera a evitar el arraigamiento de las infecciones prolongadas, y a la mejor corrección anatómo-fisiológica de las articulaciones lesionadas, de los órganos interiores y del sistema músculo-esquelético.

Transcurridos dos meses, la avalancha de heridos fue tal que los practicantes de clínica médica tuvimos que pasarles una manito de ayuda a los de cirugía.

Un día, el menos pensado, estuvo de visita el Presidente de la República, doctor Eusebio Ayala; y, profesores y practicantes, con él fuimos pasando revista a los soldados enfermos y heridos; y recuerdo muy bien que iba yo dándole detalles acerca de las

lesiones de los pacientes que estaban a mi cuidado. Haciendo referencia a un herido muy especial, le dije al Exmo. Señor Presidente: el proyectil siguió una trayectoria increíblemente curiosa; entró a nivel de la cara anterior del cuello, a la altura de la laringe; se introdujo en los tejidos subcutáneos, en sedal, y fue a alojarse debajo de la escápula, atravesando el ápice del pulmón izquierdo sin lesionar ni el corazón, ni los grandes vasos arteriales, ni venosos... puede decirse que este hombre tuvo una suerte bárbara.

El presidente me escuchaba atentamente, y cuando concluí, me respondió: “Es evidente que tuvo mucha suerte; pero, ¿quién le paga el julepe?”.

También tuve la oportunidad de mostrarle un soldado afectado de malaria, que tiritaba de frío a causa de un escalofrío palúdico; a quien salvara la vida una medalla de la Virgen de Caacupé, que llevaba consigo cosida a nivel del bolsillo de la blusa, en el lado izquierdo, zona precordial. Cuidadoso yo en no excederme en elucubraciones acerca de la fe, los milagros y demás yerbas, solamente le dije al Primer Magistrado: “El proyectil se detuvo al encontrarse con la Virgen” –y corté la frase en seco. En mi concepto, el caso era digno de darse a conocer, por la singular circunstancia de que la medalla milagrosa desempeñara un rol tan vital.

El Presidente musitó: “...hay misterios, y misterios...”

Cuando llegó el invierno, presencié escenas espantosas; por ejemplo, en un solo día, al hacer la recorrida de inspección, por la mañana temprano, me encontré con seis pulmonares muertos en una de las

salas del Servicio de Pediatría, habilitada para recibir a los soldados enfermos; y en la Sala I del Servicio de Clínica Médica, encontré tres muertos más. Todos habían expirado en la madrugada; pues, mi última recorrida de la noche la hice a las tres. En mi corta experiencia hospitalaria aquella mortandad horrible me hizo temblar de miedo, como si un escalofrío palúdico me atrapara. Nunca en mi vida había visto tantos muertos juntos; y esto me afectó profundamente. Pero la culpa de esta mortandad no era nuestra (me refiero al equipo de médicos, practicantes y enfermeras); debía ser achacada a la impotencia de la propia ciencia; la cual ignoraba entonces la terapéutica verdaderamente eficaz de la neumonía, la bronconeumonía, las congestiones pulmonares agudas y las pleuresías. La sulfa y la penicilina fueron descubrimientos científicos posteriores a la guerra del Chaco. La penicilina hizo su aparición en el campo terapéutico cuando la Segunda Guerra Mundial.

El impacto del espantoso espectáculo fue realmente desastroso, porque, incluso, me hizo sentir profundamente decepcionado de la carrera escogida por mí. Vi cuán impotente era la Medicina en su propia raigambre científica. Me percaté de la incapacidad de una ciencia tan orgullosa y tan pagada de sí misma. La verdad es que el arte de curar, que tuviera Hipócrates y Galeno prominentes precursores, tenía recorridos varios milenios (desde mucho antes de Cristo), y a pesar de los siglos de experiencia se hallaba todavía inerme en el campo de la neumología. Los microbios se morían de risa de nuestras ventosas, de nuestras vacunas

antineumónicas y de nuestros fármacos antisépticos respiratorios.

El invierno, ese año, duró tres meses y con mucho frío; y cada día en el transcurso de ese lapso morían, por término medio, seis soldados de la patria, sin que nadie pudiera impedirlo.

Diariamente, a las 8 de la mañana, al iniciar la recorrida (todos juntos, profesor, médicos, practicantes y enfermeras) de las salas de neumónicos, se me imaginaba una procesión de orgullosos doctores de dudosa sabiduría y de inequívoca improductividad.

Se sabía mucho en materia de ciencia pura; en cambio, muy poco en el arte de curar neumónicos. Mucho de anatomía, fisiología, bacteriología, patogenia y anatomía patológica; y nada o casi nada acerca de cómo se podía matar a los microbios que tanta mortandad acarreaban, con total impunidad.

Los maláricos corrían una suerte muy diferente, porque la terapéutica de la quinina es realmente portentosa; sólo se les resistían algunos casos crónicos.

Para estos casos especiales aplicábamos, incluso, los métodos terapéuticos más sofisticados. Sabíamos que el agente palúdico –el plasmodium- se esconde en las estructuras más profundas del bazo y el hígado. Como quien dice, allí tenían sus escondrijos, y salían de ellos los agentes maláricos para introducirse en los glóbulos rojos, destrozarlos luego de multiplicarse en su interior, acarreando fiebre elevada, fuertes malestares, anemia, escalofríos, etc., y luego, meterse de nuevo en sus

cubiles. Sabíamos que los plasmodium “cancheros” (los de larga experiencia en su resistencia a la terapéutica quinínica), no entran en acción (actividad morbosa) día de por medio, como es de rutina en este agente patógeno. Se tornan absolutamente irregulares en su comportamiento cíclico. Atacan por sorpresa, en cualquier momento; y luego retornan al seno de las pulpas esplénica y hepática, despistando de esta suerte a la guerra que el médico pudiera darles. Sabíamos que la terapéutica más efectiva es la que acierta a atacar al plasmodium después que salga del hematíe, tomándolo de sorpresa, mientras se pasea por el plasma sanguíneo. Este momento tan particular es el del escalofrío. Pues bien, los plasmodium “novatos” nos lo dan a conocer con antelación, ya que cumplen su ciclo evolutivo matemáticamente cada 48 horas; y, por consiguiente, los sorprendemos con conocimiento de causa en el momento mismo en que hacen explotar a los glóbulos rojos, y se disponen a “pasear”. Es el instante en que se los acribilla de muerte segura con la quinina, administrada a hora pre-establecida, conforme evoluciona el ciclo vital del invasor.

Al plasmodium de la malaria crónica se lo obliga a salir de la pulpa en que se esconden, mediante una inyección de adrenalina; la cual posee la propiedad farmacológica de exprimir la pulpa de los órganos como si fuera esponja. Estando ya en circulación dentro del torrente sanguíneo, se encuentran con el específico más conveniente que ha de destruirlos.

Muy al revés de lo que acontece con la neumonía, en el palúdico, la victoria corresponde al médico.

Entrada la primavera, fui trasladado definitivamente a la cirugía, bajo la dirección del muy querido maestro Benigno Escobar.

En el servicio de Clínica Quirúrgica atendíamos, indistintamente, a pacientes civiles y soldados heridos. Las curaciones diarias de las heridas de guerra se volvieron interminables; y la monotonía de la vida se enseñoreó del Servicio de Cirugía por algún tiempo. Felizmente, en ese entonces se dio la ocasión de trabar amistad con una enfermera muy contraída a sus obligaciones, bonita y bondadosa; diría yo, más bondadosa que bonita. Gracias a estas relaciones las tareas de rutina adquirían un matiz más vivo y agradable. Desde luego que trabajar en compañía de una gentil compañera, tornan las tareas de rutina menos áridas. La tensión que sufre el médico, día a día, por saberse responsable de la salud y la vida de sus semejantes decrece cuando a su lado respira el fresco aliento de una gentil mujer.

Nuestras relaciones acrecieron en camaradería y comprensión; si bien es verdad que mis sentimientos nunca rebasaron los límites de una amistad limpia y franca.

Lo lastimoso de este pseudo-romance fue que se rompió el noviazgo de mi amiga, por celos del novio. Sin embargo, el hecho no pareció afectarla demasiado; según colijo yo, por sentirse cada vez más apegada a mi compañía.

Con el transcurrir del tiempo, esta amistad fue desdibujándose por sí sola, como toda vivencia que fenece de a poco, cuando su ciclo apura la curva del descenso, camino del ocaso.

Es posible que en este proceso de disipación haya participado mi pasantía a la Sala IV, de mujeres, que había sido trasladada al pabellón de cirugía, para dar cabida en la primitiva sala de mujeres a los soldados procedentes del Chaco, que llegaban al hospital en oleajes cada vez más frecuentes y numerosos. Significa que el nuevo equipo médico que pasé a integrar corría con la atención de los soldados heridos alojados en la Sala IV y la de las mujeres, ahora internadas temporalmente en el pabellón de cirugía.

De mis prolongados y frecuentes diálogos con los soldados heridos, a quienes yo practicaba personalmente las curaciones, conservo en mi memoria algunos episodios narrados por ellos. Confieso que ninguno me impresionó tan desfavorablemente como uno; el cual hacía referencia a procedimientos terapéuticos inapropiados y crueles practicados en los hospitales chaqueños.

Al comienzo de la contienda, estos hospitales se desenvolvían en un estado tal de precariedad que la casi totalidad de los heridos era evacuada a los hospitales de la capital. Solamente permanecían allá los que requerían urgente intervención quirúrgica, sea por la magnitud y gravedad de sus heridas, sea por el peligro inmediato de muerte por hemorragia masiva.

El dilema discurría entre estos dos extremos: la muerte, o la operación quirúrgica en estado de conciencia, por razones de fuerza mayor; pues se carecía de anestesia.

Operar en estado de conciencia era una barbaridad.

El caso es que la operación se imponía porque se hallaba en juego la vida. El problema se centraba en el hallazgo de algún recurso que permitiera intentar el acto quirúrgico con un mínimo de dolor.

No lo había, ni se avizoraba por ninguna parte, ni se asomaba a mente alguna. A todas luces, un problema insoluble.

Un avezado cirujano, ducho y flemático (se traía consigo la experiencia de la primera gran guerra europea) propuso, sin calentarse ni poco ni mucho, una solución salomónica; que además de útil, era práctica; si bien reconocía, tenía riesgos. Según él, empero, el único al que se podía apelar : la descerebración transitoria provocada por un fuerte golpe en la nuca. El acto quirúrgico se realizaría a toda marcha, antes que la descerebración se disipara.

¡Feroz terapéutica para una elección entre la vida y la muerte!

Quién no sabe que en el deporte del boxeo el golpe en la nuca es prohibido, por el grave riesgo que entraña; no así el golpe al mentón, que suele provocar el “nocaut”, con pérdida de la conciencia por algunos segundos, nada más. El golpe en la nuca es otro cantar; porque en el bulbo raquídeo se hallan ubicados centros vitales, y en particular, los que rigen la dinámica del corazón y la respiración. De

esta referencia anatómo-fisiológica se colige que un golpe excesivamente fuerte puede acarrear la muerte por inhibición funcional de los centros vitales mencionados. Y aun, sin ser el golpe tan rudo, la muerte igualmente podría producirse si el paciente fuera sensible en el área bulbar. Incluso, puede sobrevenir la muerte por hemorragia regional; cuando no por asfixia o paro cardíaco.

Por tan singular y peligrosa conjunción de factores mortales, el empleo del “golpe prohibido”, en sustitución de la anestesia general, adquiriría el carácter de una feroz terapéutica para una elección entre la vida y la muerte.

SINGULAR OCASIÓN PARA EL AMOR

El amor real, profundo y verdadero se despertó en mí durante mi pasantía en la Sala IV.

La sesión quirúrgica estaba a punto de empezar; a ella la vi por primera vez acostada en la mesa de operaciones, lista ya para ser intervenida de apendicitis.

La “apendicectomía con anestesia local” se practicaría por primera vez en nuestro país; y por ende, la sala de operaciones se hallaba repleta de estudiantes, médicos e internos, interesados en la novísima técnica quirúrgica. El anestesista no haría falta, por supuesto; no obstante, ocupé mi lugar habitual, a la cabecera de la mesa de operaciones. Ella y yo nos mirábamos de hito a hito. Se la notaba absolutamente serena y dueña de sí misma, a pesar de estar plenamente consciente de que sería el primer “conejiillo” de experiencia para la práctica quirúrgica con esta revolucionaria técnica de anestesia. En cuanto a mí, olvidé que me hallaba en la sala de operaciones; y me olvidé, también, que se estaba realizando una intervención quirúrgica de características insólitas. Yo me hallaba totalmente abstraído del acto quirúrgico; y no hacía sino mirar y admirar sus bellos ojos de color verde-esmeralda; su

boquita más bien pequeña y de labios finos; sus dientes como hileras de pequeñas perlas, que asomaban cuando su sonrisa de cielo se dibujaba; y su tez entre marfil y moreno.

Por pequeño que fuera un “ay”, era motivo para la caricia solícita; y su respuesta a mi desvelo se concretaba en una mirada dulce y triste; como un cisne herido.

La operación concluyó sin tropiezos de ninguna índole; y la alegría cundió en pleno quirófano, por el éxito de la experiencia quirúrgica. El profesor manifestó a la paciente sus congratulaciones por su comportamiento, diríase, estoico. Desde luego que existía consenso general en que la valentía de la chica había sido factor preponderante en esta culminación feliz. Aquí no tramitaría el regocijo general; pues, la muchachada no pudo contener un grito de sorpresa cuando aquélla adoptó la vertical para trasladarse por sus propios medios a su cama. Y no era para menos; aún sin adquirir la plenitud de su dominio muscular lucía egregia; un leve tinte pálido en el rostro moreno enaltecía todavía más sus finos rasgos. Para broche de oro, antes de retirarse expresó su gratitud regalándonos una sonrisa de perlas.

Los cuidados post-operatorios me fueron confiados por orden superior; con la recomendación expresa de una atención ininterrumpida por el término de 72 horas corridas; por tratarse de una “operada” que estaba en el mayor interés científico. Había que evitar a todo trance cualquier traspié.

Todo transcurrió normalmente; y al cuarto día de la operación, la maravilla de chica se nos iría definitivamente, en perfectas condiciones de salud.

Como medida o extrema precaución de seguridad, la chica no regresaría sola a su hogar; habiendo sido designado por el profesor el suscrito para el cumplimiento de esta prescripción médica. Razones de prudencia aconsejaban que el practicante de sala se responsabilizara de su cuidado en el transcurso del viaje.

Gracias a la conjunción de circunstancias providenciales, esta chica se había convertido en “mi” paciente; y en verdad que era mía, en cierto modo, según se ha podido entrever.

La llevaría a su casa en un coche; y ella accedió gustosa.

Ya ubicados en el vehículo, le rogué que se apoyara en mí, con el propósito de atenuar los contragolpes del traqueteo que el mal empedrado acarrearía inevitablemente. Ella asintió con un cadencioso parpadeo, al tiempo que inclinaba sobre mi hombro su hermosa cabeza, como una gaviota que descendiera mansamente.

Puse en marcha el vehículo con un lento andar, cual si llevara una delicada porcelana de Sevres.

Cuando llegamos a destino, Isabel se mostró un tanto dolorida, y requirió mi ayuda para descender del automóvil. Sirviéndole de sostén fuimos, pasito a pasito, hasta su propio aposento.

En este punto, evidentemente, acababa de concluir mi misión, digamos “oficial”. En ningún momento pensé que tan inesperadamente tendría que

poner fin a aquel contacto femenino, que me hacía sentir como si viviera en el paraíso.

Volver a la realidad, y sentirme apremiado por la imperiosa necesidad de la despedida, me acarrearón un desplacer muy amargo. Lógicamente, me quedé cortado; tan desprovisto de palabras y argumentos, que aun cuando me dispusiera a iniciar diálogo, no habría sabido por donde empezar. Sin lugar a dudas, estaba perdidamente enamorado de “mi” paciente. Y por lo mismo que estaba enamorado, mal me dispondría a retirarme, así como así, nomás. Si me echaran, quizás; aunque lo dudo. Ahí me estuve de pie más de quince minutos sin hallar palabra que decir; sí que sin quitarle los ojos de encima a mi encanto, que me tenía embrujado.

-Y bien, doctor “Palito”... me dijo la mamá, con una sonrisita amistosa. Entre la mamá e hija me apodaron “doctor palito”, por la sencilla razón de que mi merienda de la media mañana consistía, indefectiblemente, en una media docena de palitos muy sabrosos que se vendían en el legendario almacén Zaragoza, situado frente al hospital. Aunque las hube convidado a compartir mi merienda en repetidas ocasiones, la negativa fue la respuesta siempre; primero, porque la enferma se hallaba bajo la prescripción médica de alimentarse con dieta líquida; y la mamá, por no sé qué razones de ética social. Entonces, me lo comía yo solo en presencia de ambas.

La última cordial invitación de la mamá de poner término a mi misión, en realidad, ya era la tercera; las dos precedentes se me pasaron de un oído al otro sin que hicieran acto de presencia en la

corteza cerebral, de puro embobado que me tenía aquella maravilla de chica que el destino pusiera en mi camino.

Isabel me sacó de apuros, rogándole a su madre que me hiciera servir algo (no entendí bien qué); y además, me invitó a sentarme para charlar un rato.

Me senté junto a la cama, como si fuera propiamente el médico que viene a visitar a su paciente. Aquí fue cuando me percaté de que actuando a nivel profesional recuperaba el dominio de mí mismo; en cambio, como enamorado, hacía las veces de pavo. Y más que pavo, pavote; porque lo que más abundaba en mis labios era la sonrisa. Todo me resultaba grato y gustoso, cualquier palabrita suya, cualquier gesto o movimiento suyos; y ni qué decir, si se trataba de una miradita.

Hacía rato que la mamá se había retirado; y esto me hizo sentir mejor; y, automáticamente, respiré a mis anchas con un resuello.

-¿Qué te hace suspirar, Carlos, si aquí estoy? –me dijo Isabel, en tono de chanza; pero yo me tomé de ella como de una tabla de salvación, y le expresé mi profundo amor... todo de corrido, como una chorrera de sentidas expresiones y tan perfectamente anhiladas que no sé de qué caja de música pude haberlas extraído. Finalmente, concluí en prosa, diciéndole: Suspiro por ti, Isabel; ya te habrás percatado que estoy enamorado de ti hasta la médula.

Ella volvió a la chanza, diciéndome: Médula ósea, o médula espinal?

Me quedé mudo, porque a buen entendedor... Guardé silencio brevemente; y de pronto, la saludé con voz firme y la decisión irrevocable de retirarme.

Próximo a traspasar el umbral de la puerta, oí que una voz tenue me decía:

-¿Así, nomás, te vas a ir, Carlos?

Fue la chispa de la esperanza.

-Es que ya he cumplido con la recomendación del profesor, y nada más tengo que hacer aquí.

-¿No me darás un beso antes de irte?... Mejor te lo digo francamente: deseo darte un beso, por lo muy atento que fuiste conmigo, Carlos.

Un “brinnnnnn...” largo y muy dentro de mi cerebro me sacudió; y las orejas se me encendieron.

Regresé junto a ella como un corderito manso; me incliné lo bastante como para recibir el beso.

Pensé que ella me daría un “osculito” en la mejilla, suavcito, como de mariposa; o quizás, sin tocarme siquiera la piel del rostro. En resumen, un beso de pura fórmula.

Sucedió lo inesperado: me tomó de la cabeza con sus dos manos –que las tenía bien tibias-, acercó lo mejor que pudo su boca junto a la suya, y me dio un beso dulce y delicado, que jamás se borrará de mi memoria.

-Te quiero, Carlos –me dijo con voz anhelosa-.

Y tras el primer beso, nos besamos muchísimo, y nos abrazamos.

Aquella fue la ocasión en que nos juramos amor eterno.

Ese fue el día más feliz de mi vida. Desde ese día, la vida gris que siempre me seguía como una sombra, se me disipó; la criptomanía de vivir encerrado con mis libros, juntos a toda hora, se vio substituida como por obra de encantamiento, por una flor abierta a todas las inquietudes del vivir humano. Le dije adiós al ostracismo; y el mundo se me llenó de un paisaje pletórico de dinamismo; y la gente se me aparecía con cara de buena. Los colores se mezclaban en mi entorno con la magia de una armonía universal.

Fueron aquellos los instantes en que mi pensamiento se dio cuenta de que la poesía existía no solamente en los poemarios, sino de modo real y tangible. Sentí, pues, la íntima necesidad de dedicarle a mi amor algunos versos tiernos; pero, el caso fue que no sabía ninguno, porque siempre fui un descreído de la poética. Por suerte, se me habían grabado en la memoria las hermosas estrofas de Ortiz Guerrero, de tanto escucharlas, porque estaba en boga la inmortal "India", de Flores; poesía y canción que los genios dedicaron a la mujer aborigen, núnmen y ancestro de nuestra estirpe.

Mentalmente, me dije que a Isabel bien le cabría aquello de :

India, bella mezcla de diosa y pantera,
Eva arisca de amor, panal de iruzú.

Empero, no se las recité, porque andando en estos dulces pensamiento, desde la puerta, una voz madura y amable, me decía:

-Y bien, jovencito, supongo que su profesor ya querrá tener alguna novedad fresca de su paciente.

De esta suerte, quedaba despedido sin remedio, ni apelación.

Antes de retirarme, hice lo que nunca había hecho en mi vida: gastar una broma. Fue así que adoptando una pose doctoral, me acerqué a mi paciente y le dije en tono grave:

-Usted, señorita Isabel, se va a portar juiciosamente en mi ausencia; se quedará quietita en la cama; se levantará nada más que diez o quince minutos en la tarde de hoy, para caminar un ratito, pero ajustándose previamente la faja abdominal; y enseguida volverá a la camita. No se le ocurrirá beber bebida alcohólica, ni bebida helada, ni comerá nada fuera de la dieta prescrita por el profesor. Yo volveré mañana, sin falta, para examinarla de nuevo cuidadosamente, muy cuidadosamente.

Y usted, señora mamá, queda con el encargo expreso de que esta señorita se comporte como una chica juiciosa; y por cualquier imprevisto, me llama a este número telefónico: el 90.680. Hasta mañana.

-Gracias, doctor, por todas las atenciones que ha tenido para con mi hija.

-Para mí ha sido un gran placer, señora.

Me retiré muy satisfecho de saber que tenía una novia de “calidad”; y de saber que esta novia me había transformado profundamente.

Los encuentros en los días siguientes y subsiguientes contribuyeron a conferirle el sello de

seguridad a este amor naciente, bello y prístino; y contribuyeron, también a confirmar que era real, puro y diáfano, como la atmósfera de la primavera.

Una noche en que el cielo lucía su mejor esplendor y placidez, ambos –ella y yo- nos propusimos a ver quién de los dos alcanzaría a contar más estrellas. Y sucedió que en nuestros pensamientos existía tal identidad, que Isabel y yo contábamos las mismas estrellas; y al final, resultó que hubo paridad en el recuento de las misteriosas y cerúleas lucecitas que penden en el azul turquí del cielo, en las noches serenas.

Aquella noche tan hermosa, ya de regreso, me dije, satisfecho en lo más profundo de mi ser, que lo ocurrido era el presagio feliz de un amor sin límites en el tiempo, porque la identidad de pensamientos involucra la identidad de almas. Existe, pues, fusión de almas entre nosotros, entre Isabel y yo; y por ende, se da cumplimiento al fenómeno misterioso de la transfusión recíproca de las almas del amor verdadero. En otras palabras, en el amor verdadero, un pedacito del alma del uno se amalgama con el alma del otro, y pasa a integrarla definitivamente; y viceversa.

Este amor nuestro era el amor eterno, sin ninguna duda; puesto que satisfacía, con creces, el fenómeno misterioso de la transfusión recíproca de las almas que nos enseñara el Padre Aguirre, en cierta noche tan feliz como ésta que me llena el alma de goces inefables, hasta hoy ignorados por mí.

UN RAMILLETE DE CHICAS EXCELENTES

Después de seis meses de permanencia en el Hospital Nacional de Clínicas, fui trasladado por orden de la Dirección de la Sanidad Militar al recientemente creado Hospital Anexo N° 5, ubicado en la zona de Belvedere, contiguo a la Cruz Roja “Andrés Barbero”. Su director, el doctor Arbo, era un hombre de difícil acceso; aunque sólo en apariencia, por disciplinado y tesoero, y parco en el hablar.

Trabajamos intensamente, especialmente, con soldados convaleciente de disentería bacilar.

Inocua e ineficaz la terapéutica de entonces, nada se podía hacer para combatir esta terrible enfermedad; que por lo común terminaba con la vida del enfermo, a consecuencia de una compleja sintomatología, en la que se daban las manos, por malditas, la deshidratación aguda del organismo, y la intoxicación por toxinas bacilares.

Ya, en diciembre del 32, el R I 6 “Boquerón” atendía en los puestos de socorro de cada batallón entre 30 y 40 enfermos de diarrea, que no era resultado de una simple descomposición gastrointestinal, sino disentería bacilar.

La actividad devastadora de estos bacilos y sus toxinas concluían por convertir al paciente en ruina humana.

Vi cómo morían algunos de estos enfermos, consumidos por una emaciación irreversible. Los veía morir con un acre amargor de impotencia en mi garganta, por humano y por la medicina.

Quienes lograban superar la enfermedad, se nos aparecían como espectros que retornaban a nuestro mundo, desde ultratumba: macilentos, mejillas hundidas, pómulos salientes, ojos perdidos en el fondo de sus cuencos, abdomen pegado a la columna vertebral, piernas como palos secos, piel apergaminada, panículos adiposos derretidos; en resumen, esqueletos que caminaban tambaleantes.

La recuperación física de los mismos requería no sólo de una pródiga y esmerada dedicación profesional; sino, también, una dieta alimenticia altamente nutritiva; y aún así, esos espectros retomaban la imagen de seres humanos en un período de tiempo no menor de seis meses.

La precariedad de espacio del primitivo Hospital Anexo N° 5, obligó a su traslado al edificio del Colegio Internacional.

Además del plantel de médicos y practicantes, colaboraba un grupo de chicas de la sociedad, en carácter de enfermeras y auxiliares. Todas competían en bondad y vocación de servicio; y si no vocación innata, sí mucha voluntad irrevocable de prestación de servicio.

Personalmente, simpatizaba con Rubí, Ana, Zúñiga, Eva y dos hermanas gemelas (cuyos nombres se escapan de mi memoria), por su llaneza en el trato, afabilidad, generosidad, y más que nada –justo es reconocerlo- porque todas, sin excepción, daban pruebas inequívocas de haber superado la estrechez conceptual que deriva del orgullo cursi, al que es tan propensa la alta sociedad.

“NO”, al asco, parecía ser su lema: se las veía inmersas en tareas deprimentes, imbuidas de un elevado espíritu de caridad y patriotismo; como ser, la desinfección e higienización de los soldados recién llegados; recolección de las ropas sucias y rezumadas de sudores chaqueños; sudores y hedores amalgamados durante meses de luchas, con miedos y valentías, en olas sucesivas. También, las he visto lavar con sus blancas manitas las deyecciones de los disentéricos, dispersas en las sábanas y el cuerpo de los pacientes.

En las horas de descanso, era muy agradable departir con ellas, en razón de su finura, compañerismo y el cultivo del intelecto.

Era un ramillete de chicas, indudablemente, selecto; y por lo mismo, se trabajaba en el hospital con entusiasmo y grandes deseos de cumplir con la patria, con el más fecundo tesón.

Un recuerdo muy especial y muy afectuoso se conserva todavía en mi espíritu para la señora administradora –la muy apreciada Chela-, siempre bondadosa y gentil. Era algo así como un ángel de la guarda, aquí en la tierra, y más que nada, en el hospital nuestro.

Las tareas de mayor responsabilidad del internado correspondían a un camarada y buen estudiante del 5° curso, de apellido Rodríguez; el suscrito ejercía el rol de practicante menor; y Enrique, un estudiante del primer curso, completaba el trío de practicantes del Anexo 5. Este chico, a diferencia de Rodríguez -siempre reposado y sobrio- vivía en todo momento su euforia juvenil, pletórico de alegría y vivacidad. Los tres nos comportábamos como buenos camaradas, y voluntariosos en el cumplimiento de nuestros deberes.

Pienso que el plantel del hospital era bueno por su calidad personal y capacidad profesional; y más que nada, porque ni las chicas, ni nosotros le echábamos el cuerpo al trabajo.

Hasta aquí todo anduvo de perillas. Los líos empezaron con los amoríos. Ya se sabe que donde campea la juventud, el amor florece; y donde hay amores, no faltan enredos; enredos, a menudo, agradables; y a veces, no tanto. Bien dicho está aquello de “en toda humana querella, etc. etc.”.

Una pintoresca acuarela de esos amores circunstanciales que la guerra del Chaco nos deparó es la que voy a narrarles muy gustoso, en razón de su mucha sal y total picardía. Ya les dije que Enrique era un chico que rebozaba de vivacidad por todos los poros; pues bien, andaba de amores con una de la gemelas; y el caso es que las hermanitas se parecían tanto que el identificarlas resultaba más difícil que resolver un teorema de Euclides.

-¿Cómo sabés con cual de ellas estás afilando? -decíale yo, muy intrigado-; a mí me resulta imposible saber quién es quién.

-Pero, yo no tengo problemas –replicóme, risueño, el feliz enamorado.

-¿Se puede conocer tu punto de mira?

-Acabas de dar en la tecla; es realmente un punto, un puntito marrón –y aquí se detuvo, intencionalmente, para acicatear mi curiosidad-.

-De acuerdo, es un puntito marrón; digamos, un lunar; el caso es que con detalle tan escueto yo no podré distinguirlas.

Y Enrique volvía a reír con el mayor goce y picardía. De tanto insistir yo, y reír él, al fin se decidió poner en claro que el puntito de marras era, en efectivamente, un lunar pequeñito como la cabeza de un alfiler, situado en la cara posterior del lóbulo de la oreja izquierda de su enamorada (o como decía Enrique, de su “amorcito”, habida cuenta que la chica –hermosa y gentil- no trascendía aún los límites de la adolescencia.

-¿Significa que tendría que revisarles previamente el revés de la oreja izquierda para reconocerlas?

-No, eso es impracticable; sencillamente, pronunciarás el nombre que te venga en ganas; y ella te corregirá al momento si hubo yerro... y todo arreglado.

-¿Y, vos...?

-Claro que les reviso la oreja; he adquirido ese privilegio por convenio tripartito. Has de saber, no obstante, que ese acuerdo no fue fácil; aconteció después que metiera la pata con la que no era mi “amorcito”; y de resultas del error, una de mis mejillas quedó como parrilla caliente por efecto de una bofetada.

-Por descontado que te habrás propasado con ella.

-Te juro que no... por el amor de mi...

Narrar lo que a uno mismo le sucedió resulta un tanto embarazoso; particularmente, cuando a través del relato nos situamos en el papel del protagonista que no tiene culpa. A pesar de todo, les narraré un pasaje de mi vida, acaecido en este mismo hospital, por constituir uno de mis pequeños grandes recuerdos de la época de la guerra; y además, porque conforma uno de los episodios más trascendentales de mi vida.

Evita era una chica bonita y dinámica. Trabajábamos formado un equipo; y esto hacía que estuviésemos juntos casi toda la jornada de trabajo. Marchábamos a las mil maravillas; y algo más que eso: estábamos encantados el uno del otro. A mí, personalmente, me placía mucho trabajar con ella porque era dúctil y jamás fruncía el ceño por las exigencias y sacrificios que el deber imponía.

Este entendimiento recíproco a nivel de tareas y compañeros, derivó en situaciones emocionales más íntimas, que adquirirían con el transcurrir de los días un cierto color de rosa. Hasta aquí en lo que a mis sentimientos; ella, en cambio, fue resbalándose paulatinamente por el tobogán del amor; que era sincero, según se verá en un momento más.

Con el tacto y la diplomacia que me era dable esgrimir (que por desgracia, apenas lucían como brotes de cortesía o gentileza), traté de capear

la difícil situación en la que me viera enredado, por caballeroso. Mi conducta, en cierto modo, irresoluta coonestaba con mi propósito de no zaherir innecesariamente los sentimientos y el amor propio de Evita, de saberse no correspondida; más aún, sabiéndola enamorada y sincera. Anhelaba que ella se percatara por sí misma, por conducto de su propia intuición femenina; antes que a través de actitudes drásticas o de mi rechazo en términos precisos y definitorios.

Consecuente con esta línea de conducta, eludía elegantemente todo compromiso que rebasara los límites de una amistad liberada de los formalismos ético-sociales.

El caso es que mi rudimentario bagaje de diplomacia social, de nada servía. En ningún momento Evita alcanzó a aquilatar mi gran amor por Isabel. Quizás lo comprendiera; y en modo alguno se disponía a aceptarlo, puesto que ello involucraría su capitulación. Antes bien, su asedio se tornó más perseverante y más explosivo.

En contraposición con mi insuficiente sutileza de disuasión; el querer de Evita crecía en proporción directa a mi encubierto propósito de eludir todo compromiso. Rechazo encubierto que ella aparentaba no percibir. Y atacaba cada vez con más bríos.

No pocas veces estuve tentado de adoptar una firme actitud de rechazo, dado que el largo proceso de disuasión cortés se prolongaba en demasía. Además, corría yo el grave riesgo de que Isabel nos pillara en situación comprometedor, porque Evita no reparaba en lugar, hora, ni

circunstancia para poner de manifiesto sus explosivos ataques de enamorada sin renunciamentos.

Ciertamente, Isabel venía a visitarme a largos intervalos; y, mal que bien, esta circunstancia me otorgaba nuevos plazos para postergar la adopción de alguna actitud definitiva con respecto a mis relaciones con Evita, en la esperanza de que en el transcurso del nuevo interregno, surgiera en mi mente una estrategia de disuasión eficaz. Por supuesto, sin lesionar su sensibilidad de mujer enamorada.

Siempre he pensado en lo tremendo que debe ser para una mujer el sentirse rechazada; más aún, si su sentimiento es verdadero.

De muy antiguo se sabe que el enamoramiento ciega. Compréndase bien, no se hace referencia al archiconocido refrán de que el amor es ciego, sino al proceso de la obnubilación de la razón, y a la distorsión del sano juicio. En menos palabras: se trastorna el sentido común. Específicamente, en el caso de Evita, todo hacía suponer que se hallaba prisionera de una anormal capacidad de apreciación de la realidad. Todos sus actos confluían hacia un solo propósito: estrechar el cerco sobre mí, cada vez con más audacia, hasta abatir el bastión. Y si no esto, cuando menos, lograr una definición en lo concerniente a nuestras relaciones.

LA GEOMETRÍA DEL BOOMERANG

Me trasladaron al hospital de prisioneros ubicado en la ciudad de Paraguarí. Allí viví solitario como una ostra, en una casita situada a la vera de la ruta que parte de la ciudad y termina en la estación ferroviaria.

Transcurrido un lapso de tiempo, cuando la pena comenzaba a declinar, regresé a Asunción sólo por breves días; sí con la firme intención de recuperar mi amor.

Fue un sábado por la noche. Llegué adonde ella vivía, huésped en la casa de un matrimonio, de la amistad de su familia.

Se escuchaban voces jubilosas y música alegre; y se percibía desde el portón de calle un ambiente festivo; todos inmersos en el vértigo del baile.

Cuando mi audacia me estimuló a dar unas palmadas, y preguntar por Isabel; apenas transcurrirían escasos minutos, y ella salía del salón de baile, airosa y completamente feliz, vistiendo un regio vestido de amplio escote y manguitas cortas.

Nuestro diálogo fue breve; y el final, una frase corta, de tres o cuatro palabras, a lo mucho:

-Nosotros hemos terminado, Carlos.

Esta vez me tocó a mí retirarme indignado y confundido, sin pronunciar palabra. Sentía que en mí un pensamiento se agitaba, retorciéndose: la idea, probada y comprobada, de la traición.

Regresé a Paraguarí al día siguiente, con el martillazo en la cabeza, que aún me zumbaba.

No me restaba otro remedio que apelar a la terapéutica del olvido, cuya mejor receta sería el trabajo sin tregua.

Un viejo y sabio consejo enseña que para matar las penas de un amor perdido, nada mejor que un nuevo amor. Pero, mi ánimo desfallecía de languidez, y mi aliento casi exhausto no se sentía capaz de reiniciar una nueva conquista amorosa. Además, el amor puro no se busca, viene solo o nace como por arte de encantamiento. Me decidí, pues, por el trabajo; y resolví prodigarme sin retaceos a curar a aquellos desgraciados prisioneros que yacían en el hospital, paupérrimo hasta decir basta.

En mi lejano y prolongado ostracismo nunca me abandonó el recuerdo de aquel amor; como tampoco quiso retirarse de mi mente la idea fija de la traición.

Tampoco olvidaría aquella expresión dura como una piedra, que tenía un destinatario; y ése era yo.

Justamente, la frase cruel que yo me cuidara tanto de pronunciar para no herir los sentimientos íntimos de otra mujer, enamorada de verdad. Frase despiadada que equivocaría o desconocería la geometría del boomerang, y que vino a golpear con fuerza, precisamente, a quien tanto se guardara de pronunciarla.

Pensé que el pedacito del alma que yo le diera a ella para amalgamarlo con la suya, habría sido expulsado de su pecho, a esta altura de los hechos, tal como se extirpa un carcinoma o un secuestro de malignas proyecciones. Que ella habría limpiado todo vestigio del pedacito de alma que yo le diera, para no empañar su nuevo idilio. ¿Por dónde andaría ese trocito de alma que yo le diera?

Debo confesar que, maltratado y vilipendiado, seguía amándola con la porfía de un mendigo; si bien es verdad que yo me esforzaba por confinar este sentimiento en las profundidades de mi ser. Así y todo, se convertiría en el rescoldo, que no habría de apagarse jamás.

A veces me decía íntimamente, más traído de los pelos que por convicción: "...tú sabes que los grandes amores de la historia han pasado por las más duras pruebas de sacrificio, para emerger de ellas sublimados... ten la plena seguridad de que ella volverá a ti".

Sea como fuere, el piadoso sentimiento adquiriría el aura de un oasis de paz interior, en medio de un torbellino espiritual que no tenía visos de declinar.

En el afán de coonestar la soberbia de Isabel con mi anhelos y esperanzas, atribuía a su inopinada conducta el valor de una reacción subconsciente, castigándome por una hipotética infidelidad, que no cometí. Sus actos medrarían a la sombra de un subconsciente proclive al rencor y la venganza.

Puras hipótesis, por supuesto; hipótesis de un enamorado que no quiere doblegarse ante la realidad.

Armado de estos bagajes de gran fuerza espiritual, muy a propósitos para sofocar el acíbar que me amargaba interiormente, traté de pasar mi existencia poniéndole freno a la pena, con voluntad de hierro, por un lado; y por el otro, alimentando silenciosamente la esperanza del retorno.

De esta suerte, repartí mi tiempo útil y el inútil entre esta agridulce perspectiva y la tarea de paliar las dolencias de los prisioneros enfermos que se hallaban a mi cuidado.

Mi celo profesional y mi abnegada dedicación al servicio del semejante, tuvieron su recompensa: en el lapso de cinco meses logré arrebatarme a la parca cerca de un centenar de enfermos, más muertos que vivos.

Poco antes de recibir la comunicación de mi traslado al Hospital Frontal del Primer Cuerpo de Ejército, en el Chaco, un grupo de prisioneros me hizo entrega de un gratísimo recuerdo, suscrito por ellos de puño y letra; documento que involucra el reconocimiento del trato humano y la dedicación profesional de un joven estudiante de medicina que, a igual que ellos, padecía de grietas en el alma; y que, a igual que ellos, soñaba muy alto, y soñaba, también, en un futuro pletórico de venturas.

Casi a punto de emprender viaje a Asunción, se propagó la noticia de que un nuevo contingente de prisioneros caídos en Campo Vía se hallaba muy

próximo, camino de Paraguari; y esto me abrió la curiosidad de verlos, vaya nadie a saber porqué. Quizás por la circunstancia de admirar, subconscientemente, la perspicaz estrategia del “corralito” de nuestro Comandante en Jefe. Porque, a decir verdad, muy dentro de nuestras almas estimábamos todos –civiles y militares- al General Estigarribia, por su fidelidad sin reserva a la patria, y por la acertada conducción de las acciones bélicas; y más que nada, por la elevada cuota aleatoria de humanidad que ponía en su trato habitual.

Calculo que el contingente de prisioneros se compondría de unos mil hombres; muchos de ellos en estado de marasmo, lo que abona la tesis acerca de la aguda escasez de alimentos y vituallas, sufridas durante el tiempo que duró el sitio, y aun antes.

En la inspección médica que hiciéramos a los emaciados y agotados físicos, pudimos constatar atrofiaciones de órganos genéticos, que entran en la fase de consunción tisular en última instancia; y solamente cuando el hambre obliga a la combustión y autofagia de los órganos cuya función específica es la de mantener la especie humana a perpetuidad. La hambruna les venía, pues, de muy lejos, y no por el régimen alimentario de pos-rendición.

Ya, al entrar en el pueblo, arrastrando sus pies, por la ruta de acceso al centro de la ciudad, pudimos cerciorarnos del esfuerzo instintivo por la sobrevivencia, que realizaban. Recogían del suelo todo lo que fuera verde, supongo que por hambre vitamínica, o por necesidad clorofílica.

Fue en esta ocasión que un depravado puso la toda aciaga, tirando ex profeso una media sandía vacía sobre una gran bosta de vaca.

No sé hasta qué punto estaría dando yo el espaldarazo a una tesis pseudo-científica; lo cierto es que enfermos disentéricos o diarreicos que no respondían a la terapéutica en boga (taninos, bismutos, derivados de la plata, infusión de vegetales astringentes, e incluso, la legendaria yerba lucero), se auto-medicaban –con bastante buen éxito- taponándose el orificio anal con lo que les viniera a mano. De entre estos pacientes he visto a muchos regresar a la vida.

He ensayado una explicación científica acerca del mecanismo terapéutico que habría tenido lugar en estos enfermos; y, de entre las pocas aceptables, la que reúne mayores visos de verdad científica, es la tesis que le asigna a los Bacteriófagos de D'Herelle una actividad de lisis bacteriana sobre los bacilos disentéricos.

La realidad de los hechos referidos, en innúmeros pacientes disentéricos; y de los que he sido testigo presencial, no puede ser desestimada.

Corresponde a los científicos y clínicos hallarle al fenómeno una explicación ajustada a la verdad científica.

Retomando el tema de la antinomia humana, en relación con el bote de sandía lanzado sobre una bosta de vaca, resulta claro, a simple vista, que

algunos seres humanos nacen con los genes de la maldad. Atando cabos, se me ha venido a la mente el tema de si “el hombre es bueno de nacimiento, o malo de nacimiento”. Y a este respecto, me permito recordar que, últimamente, un ilustre investigador en relaciones humanas, ha hecho explotar una bomba en un simposio internacional, aportando pruebas que abonan la tesis según la cual “el hombre no nace bueno, sino malo”. Y hasta aquí mi disquisición; lo demás corre por cuenta del afán de saber o de ignorar que cada cual ponga en ilustrarse.

VIVENCIAS DE LA BATALLA DE NANAWA

Una de las cosas lindas que me sucedió durante mi prestación de servicios en el Hospital Anexo N° 5, fue la amistad con el capitán Ayala, evacuado a la capital a causa de un profundo desorden neurovegetativo, desencadenado por la exaltación de un proceso de hipertiroidismo latente.

Nuestras relaciones se limitaban, desde luego, en un comienzo, a las escuetas y muy propias entre un practicante y su paciente. Mi tarea profesional consistía en la aplicación de una ampolla diaria de gluconato de calcio por vía endovenosa. Como se sabe, esta inyección requiere tiempo y paciencia; de otro modo, acarrearía en el paciente ráfagas de calor generalizado y mucho malestar; más aún cuando el cuadro clínico del enfermo está signado por una fácil reacción al stress. Dada mi inclinación a la prudencia cuando se trata de drogas reactivas, conquisté la confianza del capitán; y por este conducto fuimos estrechando relaciones, las que llegaron a ser francamente amistosas.

Este oficial vivió todas las instancias de la memorable batalla de Nanawa, desde el comienzo hasta el fin.

En nuestras conversaciones cotidianas hablábamos de una gran diversidad de temas, porque

el capitán Ayala era un joven con inquietudes; y además, poseedor de una buena preparación intelectual. Nunca o casi nunca nos referíamos a episodios de la guerra; al menos, yo los evitaba intencionalmente, porque notaba que exacerbaban los síntomas de mi amigo, particularmente, los cardiocirculatorios: el capitán se ponía tenso, sus ojos se le saltaban, y las arterias de las sienes le latían con fuerza. Reacción explicable la del capitán si se relaciona la característica específicamente estresante de su enfermedad y las vicisitudes que habría pasado en aquel infierno de Nanawa: el incesante cañoneo del enemigo, los bombardeos de la aviación –cuya presencia en los cielos del fortín era cotidiana- ; la mortandad de seres humanos, caídos en las proximidades de nuestro baluarte; el olor pestilente de esos cadáveres insepultos, las luchas cuerpo a cuerpo, y otras tantas circunstancias escalofriantes, como cuando se hizo patente la falta de proyectiles en el fortín y no había forma de provisionarse, en razón de que Nanawa se hallaba prácticamente sitiada por el enemigo.

Así las cosas, me dirán ustedes, ¿en qué residía “lo lindo” de aquella amistad y de aquellas conversaciones?

Precisamente, en que el capitán, ya muy mejorado de su stress, se puso a contarme con detalles y vivencias propias lo que aconteciera en la batalla de Nanawa, a la que calificara como una “batalla crucial” de la guerra del Chaco.

Escucharla de labios de quien fuera protagonista en la célebre batalla, acaecida recientemente, era como vivirla yo también un

poquito. Era casi como percibir sus terribles experiencias, sus temores, sus angustias sin remedios.

Comenzó diciéndome el capitán que para mediados de 1932 los bolivianos ya pisaban fuerte en las tres cuartas partes del territorio chaqueño. Nuestro fortín Nanawa se hallaba situado tan solo a 200 kilómetros al oeste de Concepción. Al norte de Nanawa está Isla Poí, y a 100 kms al oeste de Isla Poí está Platanillos. Al sur de Nanawa, tenían los fortines “4 Vientos”, “Tinfunken” y “Murguía”. Las fuerzas bolivianas nos acosaban por el norte, el oeste y el sur; y se hallaban escasamente a unos doscientos kilómetros de nuestro río epónimo, principal vía fluvial que conduce a la capital de la república. Era un avance de su maquinaria de guerra en herradura, marchando sobre Concepción y Casado.

En este extenso territorio, ya bajo dominio boliviano, desde Pitiantuta, al norte de Isla Poí, hasta Tinfunken, pasando por Platanillos, el enemigo había sembrado numerosos fortines, comunicados entre sí por buenos caminos; todos los cuales venían a reforzar poderosamente a las fuerzas de avanzada. Esta línea de fortines formaban algo así como una fuerte muralla de contención, que arrancaba en el fortín “Sorpresa” (sobre el río Pilcomayo) y tomaba una dirección noroeste hasta “Jayucubas”; y de aquí, en dirección noreste hasta Camacho. En el largo trayecto de esta extensa línea, se hallaban ubicados los fortines Arce (Francia) a 50 kms. de Nanawa, Fernández (Herrera) a 40 kms. de Arce, Platanillos a 50 Kms de Fernández, Jayucubas a 30 Kms de

Platanillos, Bolívar a 30 kms de Jayucubas, Loa a 20 kms de Bolívar, Camacho a 25 kms de Loa.

En contraposición a esta siembra de fortines enemigos, nosotros poseíamos unos cuantos dispersos y, al parecer, precariamente comunicados entre sí. A 15 kms al este del fortín Bolívar, teníamos el “Corrales”; a unos 30 kms de “Corrales” estaba “Toledo” (en dirección noreste); y a unos 20 kms de “Toledo” estaba el fortín “Guajhó” (ya bien al este de Toledo); “Carayá” a unos 50 kms al sureste de “Guajhó”; “Boquerón” (al suroeste de “Isla Poí”) a 30 kms; “Isla Poí” distante de Puerto Casado 145 kms en dirección oeste; venían luego, en dirección sur de Boquerón, Gondra, Pirizal, Nanawa; finalmente, los pequeños puestos de vanguardia: General Duarte, Mariscal López, Vicente Rivarola, y General Caballero. Samaklay, otro fortín nuestro, estaba ubicado al oeste de Nanawa, a pocos kms de ella.

En el sector sur, los bolivianos poseían sus más importantes centros de aprovisionamiento: Murguía al oeste de Samaklay (7 kms), Saavedra al oeste de Murguía (15 Kms), Muñoz distante 50 kms de Saavedra, Alihuatá distante 35 kms al norte de Saavedra (cruzando Campo Aceval), y a 30 kms de Arce cruzando Campo Grande.

Hasta aquí, el capitán Ayala hizo su relato casi sin darse resuello; más, llegado a este punto, dijo: “por hoy basta; seguiremos mañana”, y se acostó en la cama en total postura de relajación corporal.

Al día siguiente, yo estaba puntualmente a las cinco de la tarde al servicio de mi distinguido

paciente; y él, sentado al borde de la cama, prosiguió la narración de esta manera:

En vísperas de la gran batalla de Nanawa, en enero de 1933, la situación de fuerzas y posiciones territoriales de ambos ejércitos eran muy otras; por suerte, favorables a nuestra parte. En efecto, el Paraguay tenía una línea de fortines que arrancaba en Isla Poí y terminaba en General Caballero. Esta línea describía una curva cuya combadura miraba al oeste, y estaba conformada por los siguientes fortines: Boquerón (a 30 kms de Isla Poí); Arce o Francia (a 25 kms de Boquerón); Alihuatá o Zenteno (a 30 kms de Arce, en dirección pronunciadamente oeste-sur); Gondra (a 40 kms de Zenteno (en dirección sureste, cruzando Campo Aceval); Pirizal, distante 10 kms en dirección sureste; Nanawa o Presidente Eligio Ayala, ligeramente al sureste de Pirizal, distante 8 kms. Luego venían los puestos que iban en dirección sur hacia el Pilcomayo. Conformando una suerte de línea de refuerzo al este de esta línea de fortines, existía una segunda línea que arrancaba en Arce y se dirigía al sur hacia Nanawa. Componían esta línea de refuerzo, el fortín Falcón (o Rojas Silva), a 20 kms al sureste de Arce; Rancho Quemado a 10 kms de Falcón, en dirección sureste; Rancho ocho, a 8 kms al sureste del anterior y en comunicación con Nanawa por medio de un camino de 10 kms de longitud. El fortín Gondra se hallaba situado a unos diez kilómetros de Rancho Quemado y Rancho ocho, como formando entre los tres un triángulo equilátero. El Campo Aceval se interponía entre los mencionados fortines.

Al noroeste de Isla Poí contábamos con los fortines, Corrales, Toledo, y al suroeste Herrera. Corrales está situado a 100 kms al noroeste de Isla Poí (más al norte que al oeste). Apenas a unos diez kilómetros de Corrales, en dirección oeste, se halla el fortín boliviano Bolívar; Toledo está al noreste de Corrales, distante 30 kms; puesto Betty, a 12 kms al sureste de Corrales; Herrera, a 70 kms al sureste de Corrales y a 45 kms al noroeste de Arce. Yukra se halla a unos diez kms al sur de Boquerón.

Poco antes de iniciarse la batalla de Nanawa, el Comando Divisionario ordenó el repliegue de las pequeñas fuerzas apostadas en los fortines de vanguardia Gral. Duarte, Mcal. López y Vicente Rivarola; los cuales quedaron a merced del enemigo, quienes no tardaron en ocuparlos militarmente.

Se sabía de modo cierto que Bolivia se disponía a atacar con un poderoso contingente de más de 6.000 hombres, numerosas y excelentes piezas de artillería y diez aviones de combate. Nuestro servicio de espionaje conocía la fecha exacta del comienzo de la batalla: el 20 de enero de 1933.

El ataque boliviano se desencadenaría al mismo tiempo en tres direcciones sobre el fortín Nanawa: norte, oeste y sur.

Tanta confianza se tenía el Gral. Kundt que, con antelación a los hechos, manifestó públicamente la segura ocupación de Nanawa, en el mismo día de iniciado el ataque. Pura fanfarronería, como resultó ser a la hora de la verdad. Su promesa al pueblo boliviano fracasó estrepitosamente; pues, no tomaría Nanawa ni el día 20 de enero, ni nunca.

Interrumpí al capitán con una pregunta que se me escocía en mis adentro hacía un buen rato:

-¿Por qué el Gral. Kundt se obstinaba en atacar a Nanawa?

El capitán Ayala prosiguió su relato como si no me hubiese oído; no obstante, daba respuesta a mi pregunta. Así, retomando el hilo de su narración, interrumpida, fue diciendo:

El Comandante Supremo del Ejército boliviano tenía especial interés en la toma de Nanawa por dos razones: primera, por constituir este fortín paraguayo un peligro permanente para el ala derecha del ICE boliviano, y constante amenaza a Saavedra y Muñoz; segunda, porque dicho fortín protege el camino a Concepción.

Resulta fácil comprender que la toma de Nanawa le abriría el acceso al río Paraguay; y de lograrlo, habría sido de imprevisibles consecuencias para el curso de la guerra, y particularmente, para nuestras armas, y nuestro dominio efectivo sobre el territorio chaqueño. Además, el Gral. Kundt pretendía dar satisfacción a su arrogancia, involucrada en su paladina manifestación, cuando dijera al pueblo boliviano: “Espero liquidar el pleito del Chaco en menos de tres meses”. Finalmente, la toma de Nanawa otorgaría a la diplomacia boliviana argumentos suficientes para forzar las gestiones de paz a favor de las pretensiones de la Cancillería boliviana.

Las ilusiones del Gral. Kundt, en verdad, no eran tan ilusorias; pues, así como Isla Poí dista unos 150 kms de Puerto Casado, en línea recta este-oeste; Nanawa se halla en línea recta este-oeste a unos 200

kms. de Concepción; y por tanto, se halla ubicado en un punto estratégico de extraordinaria importancia. Además, los defensores de Nanawa no pasarían de 2500 hombres escasamente armados y sin protección aérea.

Entre tanto, Nanawa se había convertido en un hervidero de voluntades, orientadas a la construcción de sus defensas y trincheras.

Se aproximaba una batalla crucial para ambas naciones contendoras; de vencer Bolivia, tendría las puertas abiertas para el avance de su ejército hacia Concepción y Casado. De donde resulta que para nosotros, la batalla de Nanawa vendría a constituirse en una batalla de vida o muerte.

El TCnel. Luis Irrazabal, Comandante de la V División, tenía la misión patriótica de: ¡Vencer o Morir!

Se cavaron trincheras en todo el contorno del fortín.

Hacia el este, el fortín linda con el monte Nanawa, de gran extensión; en el lado oeste se lo protegió con troncos de quebracho, alambradas de púas y minas explosivas.

En los lindes del monte, tanto al norte como al sur, el este y el oeste, casi en línea ininterrumpida, se cavaron trincheras.

El RI 7 “24 de Mayo” fue apostado en los lindes noroeste del monte Nanawa; el RI 13 “Tuyutí”, en el sector suroeste; el RC “Acá Carayá”, en el sur del monte y en la punta del linde sureste; el RC 5 “Acá-verá”, en el linde noreste; en la Isla

Mojoli fue apostado el destacamento divisionario de la DV; en el puesto Florida, el RC 3 “Cnel. Mongelós”; finalmente, en la isla N° 1 fueron emplazadas las baterías Krupp con 100 artilleros; en la isla Gill, un pelotón divisionario; en la posición Reducto (en campo abierto, a 500 metros de la punta norte) estaban fusileros del RI 7; en el punto Retén-cué (a 5 kms al oeste del fortín), dos compañías de fusileros y un escuadrón de caballería.

Engrosaron las defensas del fortín las tropas de Plácido Jara –los famosos “macheteros de la muerte”-, sin su jefe.

Un refuerzo más era enviado a la zona de combate –el Destacamento Arias- de 1200 hombres comandado por el TCnel. Julián Arias. Este refuerzo iba a destino a marcha forzada, teniendo en cuenta que la batalla por Nanawa no tardaría en empezar.

El día 28 de enero, llegaría el Mayor Bray, aportando excelentes piezas de artillería “Schneider”, de 75 mm. ; además de un regimiento de hombres.

El destacamento Arias, recién recordado, partió de Asunción, tardando 26 días en llegar a Nanawa; adonde llegó el día 23 de Enero, a 4 días de iniciada la batalla. Por ese entonces el enemigo había dado comienzo a maniobras tendientes a cerrar el camino Arce-Nanawa. El lugar se convirtió en un feroz campo de batalla entre las fuerzas invasoras y las del Destacamento Arias. El enemigo fue totalmente derrotado casi a las puertas de Nanawa. Este triunfo paraguayo levantó el ánimo y la moral de los defensores del fortín, y enardeció el espíritu guerrero del soldado guaraní.

El destacamento Brizuela, compuesto por el RI 7 y el RC 3, tuvo que sortear dificultades enormes para llegar a tiempo al fortín, dado que los caminos entre Gondra y Nanawa son precarios. El traslado de los víveres se hizo a lomo de mula y de hombre a pie. Por suerte llegó en la víspera del ataque principal. Sólo los que tomaron parte en esta expedición conocen los apremios y las preocupaciones que se tuvo que afrontar para hacer arribar a esas unidades al lugar de la cita. No existían caminos camionables; y por tanto, el transporte de la tropa se hizo en base a un portentoso sacrificio.

Me permití hacerle una segunda interrupción al capitán Ayala, preguntándole:

-Siendo la ubicación estratégica de Nanawa punto vital para la defensa de nuestro Chaco, ¿por qué no se adoptaron a tiempo las disposiciones tácticas y estratégicas que hicieran de Nanawa una fortaleza realmente inexpugnable? ¿Por qué todo se hizo a los apurones y tan a última hora?

-Confluyeron diversos factores para que así sucediera: la guerra estaba recién iniciada, y carecíamos de armas, medios de transporte, víveres, proyectiles y hombres. A esto se sumó el desgaste enorme que significó la batalla y el triunfo de Boquerón; y la ofensiva subsiguiente, que nos permitió adueñarnos de varios fortines de vanguardia del enemigo; entre los que debemos mencionar Yukra, Arce, Alihuatá, Platanillos, Fernández, y otros de menos importancia. Incluso, intentamos, sin éxito, capturar Saavedra.

Pues bien, el enorme desgaste sufrido por el ejército paraguayo en esta brillante etapa de contraofensiva, vino a incidir de un modo gravitante en el proceso de fortalecimiento de Nanawa. No hubo tiempo, ni maquinaria bélica suficiente, ni recursos humanos. Nos acabábamos de replegar tras el revés sufrido en Saavedra.

Los bolivianos, por su parte, no cejaban en su empeño; y fue así que recuperaron, en el norte, los fortines Loa, Platanillos, e incluso, tomaron Corrales. Además, atacaban fogosamente a Herrera (Fernández). En el sector sur, iniciaron las escaramuzas contra Nanawa el día 14 de enero del 33.

A fines de diciembre del 32, la ofensiva boliviana y la recaptura de fortines situados la noroeste de la Isla Poí, ponía en peligro esta plaza, la de mayor valor estratégico de nuestro país.

La orden de retomar Corrales fue impartida de inmediato; y la misión fue encomendada al II CE el 13 de enero del 33.

Por su parte, el TCnel. Irrazabal, respondiendo a los esporádicos ataques bolivianos en la zona de Nanawa, dispuso que los pequeños destacamentos de la periferia debían replicar a las escaramuzas del enemigo con toda energía; y cumplida la orden, se replegarían dentro del fortín para reforzar su efectivo.

La estrategia global del Comando Supremo boliviano consistía en atacar a Herrera, en el norte, para abrirse camino hacia Isla Poí; y en la zona sur, apoderarse de Nanawa, y con ello amenazar la ciudad de Concepción.

Los planes del Gral. Kundt se vieron frustrados: ni Herrera, ni Nanawa logró abatir; antes bien, a los pies de sus trincheras sucumbió la mejor tropa del ejército boliviano. En Herrera se inmoló el Regimiento “Colorado”; y en Nanawa, perdió el equivalente de una división entera.

En la batalla de Nanawa hubo episodios con sabor de leyenda; y como tales serán recordados en los anales de la historia patria. Ejemplo de heroísmo y épicas luchas fueron las protagonizadas, en el sur, por el RI 13 “Tuyutí”, y el RC 5 “Acá-verá”; y en el norte, por el destacamento divisionario que defendía la isla Mojoli.

Exactamente, el día 20 de enero del 33 se dio comienzo a la batalla de Nanawa, con un furioso ataque frontal sobre el lado oeste del fortín. Previamente, éste fue sometido a un cañoneo despiadado con más de 3.000 cañonazos, sin contar el bombardeo desde el aire por una activísima flota de aviones de combate. La infantería boliviana fue diezmada por el fuego cruzado de los defensores del baluarte cuando su avance fuera notoriamente obstaculizado por los troncos de quebracho colocados en los sitios de acceso a las trincheras del fortín.

A pesar de la mortandad que le significó al ejército boliviano esta táctica de ataque frontal, se repitió en días sucesivos, con desastroso resultado. La enorme cantidad de cadáveres insepultos en las cercanías del fortín saturó la atmósfera de un olor nauseabundo insoportable.

No obstante sus tremendas pérdidas en hombres, el enemigo no se daba por vencido. Se

proponía sitiar a Nanawa. Lograron su objetivo por breve tiempo: cortaron el camino a Florida, en el norte; y el camino a Concepción, en el este.

Allí se desarrolló una heroica batalla por la posesión de la cabecera del camino; la cual acabó, felizmente, con el triunfo de nuestras armas. Entretanto, en el fortín transcurrieron horas de sacrificios emergentes del asedio. Había llegado la hora cumbre de la aviación paraguaya: nuestra pequeña, pero audaz aviación entró en funciones. El 23, a mediodía, aterrizaban en Nanawa cuatro aviones “Potez 25” cargados de municiones, procedentes de Asunción, previa escala en Concepción. Los Potez posaron en un cañadón sucio que se hallaba al alcance de las balas enemigas, cuyas avanzadas controlaban la “aeropista” hecha de urgencia, mediante una densa cortina de fuego. Para comprender la trascendencia de esta hazaña de la aviación paraguaya bastará recordar que el día 23 de enero los defensores del fortín no poseían ya más que cinco proyectiles por hombre. Todavía más: el rasgo de heroísmo y generosidad de los aviadores va mucho más lejos ya que acordaron voluntariamente despojarse de sus paracaídas, sus armas de defensa y ataque, así como de sus artilleros respectivos, con el propósito de dar cabida a una mayor carga posible de municiones.

El día 23 de enero, por el lado de Pirizal, en el camino que una Nanawa a Gondra, el enemigo intentó interceptar a un contingente de tropas paraguayas que iba a engrosar a las fuerzas defensoras del fortín. Un violento combate entre las fuerzas bolivianas comandadas por el Mayor

Carrasco y las del Destacamento Arias, comandadas por el TCnel. Julián Arias, acabó con las intenciones del enemigo y, a la vez, la destrucción total del regimiento y la muerte del propio comandante Carrasco.

Fracasados los intentos de sitiar y aherrojar el fortín, la ofensiva boliviana entró en un periodo de relativa calma. No obstante, la actividad bélica prosiguió, si bien en menor escala, hasta febrero, circunscribiéndose las acciones a un frenético duelo de artillerías.

Finalmente, el Comando Supremo del enemigo, habida cuenta la esterilidad de sus esfuerzos, emitió el 6 de febrero de 1933 la "Directiva N° 5" para las operaciones. En ella se expresa textualmente:

"Todas las esperanzas a una disminución de la resistencia enemiga no se han cumplido en las últimas semanas. Las informaciones respecto al decaimiento de la moral de las tropas paraguayas han resultado falsas. El enemigo no solamente ha sabido soportar el bombardeo fuerte de Nanawa y ataques resueltos de retaguardia, sino que también ha demostrado gran tenacidad en la defensa y en el contraataque. Asimismo, hizo fracasar nuestro ataque a Fernández".

"El ICE no puede pensar en un ataque decisivo contra Nanawa antes de haber recibido refuerzos considerables de personal y material".

Así acabó la batalla de Nanawa. A los pies de sus trincheras sucumbió el adversario alevoso; y
80

disipáronse, también, sus designios temporalmente, al menos.

Nanawa pasará a la historia como un ejemplo inmortal, y cabalmente demostrativo, de lo que es capaz la voluntad de un pueblo dispuesto a vencer.

Concluido el relato del capitán Ayala, se produjo en la habitación un gran vacío, un silencio prolongado y profundo, que yo interpreté como un homenaje solemne que mi amigo y yo rendíamos al puñado de héroes que, gloriosamente, defendió el bastión de Nanawa; y con ello, el honor de toda la nación.

El capitán se recostó en la cama un rato; evidentemente, con el propósito de reponerse emocionalmente, y serenarse espiritualmente. Luego, se irguió, diciéndome:

Estoy seguro que el triunfo de Nanawa contribuirá, en gran medida, al éxito final de la contienda; porque en esa batalla el enemigo ha debido comprender que sus pretensiones sobre el suelo chaqueño le costarán las sangres y las vidas de varias generaciones; y que el territorio ambicionado, en mala hora, se convertirá en la sepultura de sus juventudes.

De nuevo se tendió en la cama; esta vez, cerrando los ojos para otear el pretérito, aún tan cercano, y sumergirse en el recuerdo placentero de mil hazañas.

Por mi parte, un deseo de saber más y más, se adueñaba de mí: de saber más acerca de la

memorable batalla. Impulsado por este agudo sentimiento, encarecí al capitán Ayala que tuviera la bondad de relatarme la épica lucha entre “Acá-verá” y el regimiento boliviano comandado por el Mayor Pantoja, por la posesión de la cabecera del camino Nanawa-Concepción.

-¿Qué hay de verdad –pregunté- sobre la hazaña de nuestros soldados, cantada en los versos de Emiliano: “Acá-verá cuera icocuépe guaicha ocopí, bolí acâ ape jha pepe omosarambí”.

-Yo no estuve en esa feroz lucha, cuerpo a cuerpo, con arma blanca, pero la conozco tan bien como si hubiese sido protagonista. Nos la refirió el Tte. de reserva Enrique Molinas, que comandaba uno de los cuatro pelotones componentes del escuadrón del Tte. Víctor Rodríguez, a quien le tocó la misión de impedir que el enemigo se apoderara de la cabecera del camino en cuestión.

No haré, pues, otra cosa que esforzarme en rememorar esa hazaña con las mismas palabras y el lenguaje de ese valiente comandante del cuarto pelotón. Por mi voz le escucharás a él, en un relato preciso y realista; y podrás cerciorarte que Emiliano supo legarnos en su hermosa canción la verdad histórica de una gesta inmortal.

En la noche del 23 y el amanecer del 24, un fuerte contingente boliviano cruza el río Monte Lindo, a dos kilómetros al sureste del fortín Nanawa, por medio de un puente construido rápidamente, sin darse respiro. Esta maniobra permitió al enemigo cortar el camino Florida-Nanawa. Puesto el hecho a conocimiento de Irrazabal; éste ordenó que el RC 5

“Acá-verá” fuera a despejar el camino, actuando con la mayor energía.

El día 24 de enero se produjo uno de los más sangrientos combates registrados en el campo de Nanawa. En el mismo, el RC 5 salió victorioso, liquidando, prácticamente, a su contendor ocasional, el regimiento 41, comandado por el Mayor René Pantoja, del ejército boliviano. La pretensión de éste era cortar el camino de retaguardia y atacar por la espalda a los defensores del Fortín.

El “Acá-verá”, que acababa de terminar la construcción de una trinchera en un costado de la isla de Nanawa, propiamente dicha, recibió la orden de abandonar su posición. Cada soldado debía dejar sus mantas y menajes en su puesto de combate, para desplazarse desmontado y provisto de su fusil, proyectiles y machete al cinto, dando frente a la Isla Nº 1, por donde, según parte de los observadores, venía avanzando el enemigo.

El campo que teníamos enfrente era un inmenso pajonal, bien alto, tanto que nuestros observadores ubicados en las copas de los árboles no divisaban al enemigo. Éste avanzaba en dos escalones. Los soldados del primer escalón lo hacían arrastrados, de tal manera que nuestros observadores no los veían. Los del segundo escalón avanzaban a cuerpo gentil disparando sus armas.

Estábamos en campo raso, sin ninguna protección, sin trincheras, ni pozos individuales siquiera. El Tte. Rodríguez, comandante del escuadrón, recorría su línea, dando instrucciones a cada soldado. Las instrucciones eran que al escuchar

disparos de su pistola, deberían lanzarse al encuentro del enemigo gritando ¡Viva el Paraguay!

El enemigo continuaba avanzando, sin detenerse. Al aproximarse a unos sesenta metros de nuestra línea, sonaron tres disparos de pistola. Era la señal convenida. Nos lanzamos al encuentro del enemigo; y grande fue nuestra sorpresa al saltar nuestras posiciones, porque nos encontramos encima de la línea del primer escalón enemigo. Sus componentes estaban con la bayoneta calada, a punto de darnos su golpe mortal. Allí comenzó la lucha cuerpo a cuerpo, mientras el segundo escalón enemigo caía bajo el fuego cruzado de dos ametralladoras pesadas de nuestra línea.

Nuestros soldados se debatieron denodadamente con el enemigo. Los valientes del RC 5, machete en mano, lo manejaban con destreza y agilidad, y a cada estocada dejaban fuera de combate a un contendor. Esta lucha duró más o menos 45 minutos, y fue muy sangrienta.

En el primer choque con el enemigo, el Tte. Rodríguez recibió una herida mortal que lo llevó a la muerte, casi al minuto. El oficial más antiguo, el Tte. Nicolás Núñez, se hizo cargo del mando del 2º escuadrón. Éste era un oficial sereno y no menos valiente que su antecesor.

Al terminar el combate fuimos dueños del campo de batalla; pero perdimos a nuestro querido comandante de escuadrón, el Tte. Víctor Rodríguez. También cayó muerto, combatiendo, su ayudante, el Subteniente Rufo Bordón, y fue herido el Tte. Rufo Araujo Miño, del primer escuadrón. Las bajas en total sumaron 17, entre muertos y heridos.

La pequeña unidad que el suscrito comandaba sólo tuvo que lamentar la muerte del soldado de apellido Duré.

Esta unidad recibió la orden de recoger armas y municiones del campo de batalla; y luego de cumplida la orden, volvimos a salir al campo para enterrar a los cadáveres de los soldados bolivianos. Ellos eran tan numerosos que al enterarse el Comando de esta situación, ordenó la incineración de los cadáveres de los soldados bolivianos. Se contaron más de 300 cadáveres de soldados enemigos.

Falta recordar que los comandantes de los pelotones que componían el Segundo Escuadrón eran los Tenientes Nicolás Núñez, Francisco Aguilera, Miguel Frunce y el suscrito.

Como habrá podido notar, mi querido doctor, Emiliano R. Fernández supo plasmar este férvido acontecer histórico en la métrica de una imperecedera poesía, en un lenguaje sencillo, capaz de adentrarse en el alma del más humilde ciudadano.

Sin el acierto expresivo de nuestro vernáculo idioma guaraní; el español halla dificultades insalvables en la traducción poética, perdiendo en ello la profundidad conceptual del contenido poético. Apenas si puede hilvanar esta especie de prosa áspera y desabrida:

“Los del “Acá-verá” carpen como si fuera en su capuera, esparciendo cabezas bolivianas, por aquí y por allá”.

EN VIAJE HACIA EL SOL PONIENTE

Una mañana partimos con rumbo a Puerto Casado, a bordo del vapor “Cuyabá”. Éramos unos doscientos oficiales y sub-oficiales; y unos setecientos de tropa.

Serían las 10 a.m. cuando el barco soltó las amarras. Las saluciones de parientes y amigos ponían un tinte de tristeza colectiva en aquel hermoso día de abril del 34. Todas las despedidas son tristes; pero, en ocasiones como ésta, mucho más; porque el lugar de destino era el teatro de guerra. Con rumbo al poniente, y posiblemente, sin regreso.

Isabel no se hizo presente; ni yo me forjé la falsa ilusión de que viniera. Sus nuevos amores le habrían hecho olvidar mi peregrina existencia. Este supuesto vino a confirmarlo un estudiante amigo mío, oriundo de su mismo pueblo, con quien trabamos conversación en la cubierta del barco. Fue él quien me lanzó a boca de jarro una pregunta; que por sí sola ponía al descubierto una verdad insoslayable: nuestro rompimiento.

-¿Qué pasó entre Isabel y vos, Carlos?

-Por el momento, te conformarás con saber que rompimos a consecuencia de una conflictiva

situación que nos deparara la casualidad. No obstante nuestro distanciamiento, todavía la sigo queriendo...¿para qué ocultarlo?... la quiero como el primer día que la conocí, o quizás, mucho más que entonces. Sinceramente, te digo que lamento lo ocurrido.

Hasta le he perdonado su actitud –infundada, por supuesto- de soberana ofendida; incluso, su orgullosa postura y su falta de calidez humana hacia mi persona. La noche de nuestra ruptura respondió con un “no” seco y solitario a mis ruegos; y muy suelta de cuerpo y modales volviere al salón para seguir disfrutando de la fiesta que allí dentro tenía lugar.

-La he visto en el baile del club social de mi pueblo, muy encaramelada con alguien a quien no conozco... Y te aseguro que estaba linda como siempre.

-A mí no me queda sino la nostalgia de cuanto he admirado y amado en ella; Isabel posee todas las cualidades físicas y las virtudes espirituales que un hombre sueña en la mujer amada; pero, por lo visto, le falta sensatez. Esa chica no ha madurado aún; la perla no está todavía cuajada a la perfección. Perfección que alcanzará luego que la vida le depare enseñanzas aleccionadoras. Es lo que yo pienso de ella; es lo que deseo fervientemente, libre de todo despecho o resentimiento. Deseo que así le ocurra para su propio bien.

-Y bueno, Carlos, te dejo; lo siento mucho por vos, porque la chica es un bombón; y no lo digo porque sea mi compueblana, sino porque hay pocas como ella.

-Chau, Rodolfo, ya nos veremos allá.

Así de sorpresivo empezó el diálogo, así de repente terminó. Es que todos padecíamos de psicosis de guerra; todos habíamos perdido algo de la natural ecuanimidad y de la serena distensión anímica. El país entero se retorció en un grave estado de tensión interna, individual y colectiva. La guerra nos había afectado de modo tal que ninguna de nuestras acciones encajaba en los marcos de la normalidad. El apuro nos tenía atrapados; nos movíamos como monigotes fabricados a resorte, aunque no nos diéramos cuenta de ello; no había tiempo para el relajarse, el ablandarse; sufríamos de irritabilidad colectiva; éste golpeaba a aquél por cualquier bagatela; este otro; abofeteaba a su novia de solo verla dirigir una mirada sospechosa; las parejas de enamorados rompían por nada; el marido se separaba de la esposa; la mujer abandonaba sus sitios de esposa y madre para lanzarse a la aventura pasajera; los hijos deambulaban callejeros; los estudiantes no estudiaban, preferían andarse de parranda; en fin, todo se salía de su molde, y el ser humano había perdido una buena parte de la cordura, el buen juicio y el tino.

Tengo la impresión que los menos tensos éramos quienes íbamos al Chaco. Todos deseábamos que la guerra acabe cuanto antes; que la tranquilidad retorne; que la paz sea de nuevo en las naciones y los hogares. Es que quien iba al Chaco sabía que sólo regresaría con vida con la ayuda de Dios. Pero, Dios no está siempre para todos y cada uno de los hombres... ¡tiene tantos problemas que resolver!... recordemos que en el mundo no sólo existimos la

tierra y los seres humanos (que ya somos unos cuatro mil millones); sino también, cientos de miles de millones de estrellas, que requieren a igual que nosotros la asistencia del Supremo.

¿Por qué Dios ha de interesarse en nuestra guerra, que la hemos provocado intencionalmente los hombres; cuando que su atención debe estar, más bien, concentrada en la tragedia de los marginados de todo el mundo, que se ven en el terrible trance de rebuscarse el mendrugo cotidiano en los tachos de basura de las calles, para sobrevivir un día más su mísera existencia?

¿Por qué guerras; por qué marginados; por qué hambruna; por qué injusticias sociales; por qué ricos, muy ricos; y pobres, muy pobres!

¿No dijo Dios que los bienes de la tierra son para uso solidario de todos los pueblos y los hombres; y que el hacer uso correcto de esos bienes es deber y obligación primordial e inalienable de todos y cada uno de los habitantes del planeta?

Como se habrá podido notar, luego del breve diálogo que tuve con Rodolfo, mi mente entró en un laberinto de realidades y conjeturas, resultado de la telaraña con que nos envolvía la vivencia de una guerra indeseada por nosotros. Y de resultas de este laberinto, fui desarrollando una dialéctica que se trajo por los pelos tantas iniquidades que andan circulando por las callejas olvidadas del mundo y de las gentes, tal como si fuéramos un universo de misántropos. Y me lo explico: el dolor profundo que yo venía soportando desde hacía largo tiempo me

inclinaba a padecer en carne propia, como dolor mío, el dolor ajeno. Nada nos aproxima tanto al prójimo como el interés común, y fundamentalmente, el dolor y la miseria. Por contraposición, la riqueza no aglutina, sino que disgrega. Jamás el rico se conduele de nadie, porque ama y codicia solamente el dinero, que confiere fuerza de dominio y poder político. Empero, se equivocan de medio a medio, porque éstos no son ni el poder, ni la fuerza que nacen del amor. Nada es tan fuerte como el lazo de amor que aglutina a la gente y la familia humana. Llegará el día que aglutinados los hombres por conducto del amor, la humanidad vivirá en plena justicia, y ya no habrá marginados, ni niños mendigos.

Llegó la hora del almuerzo. Nos sentamos a la mesa por tandas sucesivas, porque el salón comedor era pequeño.

La oficialidad comía en mesas puestas sin mucha pulcritud. Los únicos que gozaban de manteles limpios eran los de la primera tanda; las siguientes comíamos en compañía de residuos dejados por las tandas precedentes. A esto se sumaba algún puerco regoldador que se hacía el simpático, cuyos erutos sonoros eran cantados en todos los tonos; y las risotadas que los acogían gustosos desde todos los puntos de la mesa.

El parloteo generalizado llenaba el ambiente de gran ruidaje, como si aquel saloncito-comedor fuera un gran gallinero. Es de imaginarse la gama de temas abordados; aunque, las bravuconadas sobre

amor y sexo predominaban en las conversaciones de aventureros y machotes.

Los hombres hallaron el lugar propicio para hablar “liberados” de la presencia de la mujer; y se entregaban al goce del escapismo con groserías de todo calibre.

Cosa curiosa, nadie soltaba media palabra acerca de la guerra, como si fuera tabú. Sin embargo, estoy seguro que todos sentíamos el temor de un posible ataque aéreo por parte de la aviación boliviana. La verdad es que nos íbamos a los campos de batalla olímpicamente, sin protección alguna. En concreto, aquello tenía más un aire de excursión turística por vía fluvial, que un barco que transportara soldados al teatro de la guerra.

En ese mi primer almuerzo, en el “Cuyabá”, comí una sabrosa porción de fariña y un trozo de puchero, como entrada; y como plato principal un locrazo espeso y alimenticio, riquísimo.

Naranjas a discreción fue el postre; y encima de la naranja, algo muy especial que yo llevaba en mi bolsa de provisiones. Mamá me había puesto en ella una lata de bizcochos “Canale” y seis latitas de leche condensada “Nestlé”.

-Yo no tomaré naranjas, porque me va a agriar el estómago –me dijo Rodolfo. Además, el ácido no va con la fariña, que es almidón de mandioca.

-Si te gusta, puedo ofrecerte leche condensada.

-¿Leche condensada como postre?

- También tengo bizcochos “Canale” –me apresuré a ofrecerle.

- ¿Galletitas “Canale”, dijiste?... eso es mucho más de lo que deseaba.

Comimos entre los dos casi toda la lata de bizcochos, y una latita de leche condensada “per cápita”. Lo que sucedió después, se lo imaginarán. El “pungá” fue feroz.

La enfermería del barco nos proveyó láudano Sydenham; y con esta medicación las tripas se aquietaron. Me pasé toda la tarde tendido en mi camarote, con una languidez y un “caigüe” fuera de serie.

Al atardecer, cuando el dolor de barriga se hizo tolerable, me aseé y me dispuse a dar un paseo por la cubierta. Luego de una buena caminata, recorrí la “segunda clase”. Finalmente, bajé a la sentina. Incluso, me di el capricho o la curiosidad de echarle una miradita a los paños, donde se guardan los víveres. Regresé a la sentina por esa natural inclinación que siento por la gente menos afortunada que yo; y aquí me encontré con un jovencito muy tierno y lampiño con cara de bueno, y además, asustado. Algo en él me llamó la atención, sin acertar a precisar qué, y lo miré fijamente un rato. En ese instante, él se puso de pie y me hizo el saludo militar con decisión y firmeza:

-Buenas tardes, mi teniente.

-Buenas tardes –le contesté, y le retribuí el saludo militar-; y ya me iba cuando me abordó resueltamente.

-¿Ud. no tiene ordenanza, mi teniente? Yo quisiera ser su ordenanza; lléveme con Ud., por favor ; no quiero ir al frente, tengo miedo de morir.

-No, no tengo; déle parte a su superior, y si le autoriza, véngase conmigo.

-Nosotros no tenemos jefe, venimos en tropel. Somos unos cuatrocientos reclutas que venimos del interior.

Fue así que me hice de ordenanza; el cual me sirvió de mucho. Los dos éramos novatos en los menesteres de la guerra; y no defendíamos mutuamente de las mil trampas y triquiñuelas y raterías y trapacerías de los avispados, que nunca faltan entre las multitudes amorfas, sean reclutas u oficiales.

La rapiña en el barco estaba a la orden del día; había quienes rapiñaban por necesidad o por hábito; y quienes lo hacían para darse el gustazo de una broma. Lo cierto es que desaparecían cintos, charreteras, gorras, camisas, revólveres, alimentos envasados, etc. Y desde que tuve a mi ordenanza Pérez, yo podía darme el lujo de dormir tranquilo, porque además de bueno y fiel, era honrado.

Tardamos tres días en llegar a Puerto Casado, a causa de las escalas sucesivas, para cargas y descargas, habidas en el trayecto.

Una noche en que se cargaba leña desde un pontón maltrecho de un puerto ignorado, se produjo un revuelo de marca mayor en todo el ámbito del barco. Nos despertaron los gritos que procedían de acá y allá; e incluso, algunos disparos de armas de fuego. En medio de la barahúnda nadie sabía concretamente qué estaba sucediendo. Se rumoreaba acerca de un posible ahogado, quien habría caído al río, no se sabía cómo.

El caso es que el supuesto ahogado apareció en la orilla del río; y se lo detectó casualmente con una linterna a pilas de gran potencia. No llevaba ni mochila, ni fusil, ni gorra de soldado; sólo vestía el típico pantalón verdeolivo del soldado raso. Se lo detuvo; y se lo condujo a empellones hasta el cubículo en el que apenas cabía parado; y ahí se lo tuvo encerrado hasta llegar a destino. Cumpliría pena de calabozo, a pan y agua, por intento frustrado de desertión.

La ley militar castiga al desertor en tiempo de guerra con la pena de muerte; pero, en el caso que venimos comentando se daba la rara circunstancia de que la tropa venía como cargamento en el “Cuyabá”, sin jefe ni responsable alguno. Nadie, pues, podía asumir el rol de miembro de ningún tribunal militar; y por tanto, no habría ejecución.

Existían ya antecedentes de ejecución por desertión de soldados en el frente de operaciones; tal el caso de cinco soldados de Nanawa. En vano resultó la defensa que hiciera en su favor el capellán paí Pérez; quien sostenía que resultaba difícil distinguir entre una desertión voluntaria, y una fuga inconciente provocada por una mente brutalmente fustigada por el hambre, la sed, el cansancio y los sacrificios impuestos por la cruenta guerra que allí tenía lugar.

El recluta de nuestra historia explicó de manera convincente que en el transcurso del viaje había sido presa de un terror repentino, que le obsesionaba persistentemente, hasta tornársele idea fija.

Temor por la guerra y por la muerte; e impulsado por una fuerza superior a su voluntad, intentó la fuga como único recurso capaz de remediar el miedo que la guerra le causaba. En resumen, un acto inconciente en el que el proceso volitivo no tenía participación. El pobre recluta afirmaba con vehemencia haber recuperado el sentido de la realidad y el estado pleno de su conciencia en el acto de su detención.

Trátase, evidentemente, de un caso que puede ser catalogado como de fuga pseudo-epiléptica, de naturaleza subconsciente.

Con el transcurso del tiempo, este mismo soldado fue condecorado por actos de heroísmo.

Pasando al plano de las generalizaciones acerca de la guerra y la muerte, ¿quién no ha sentido miedo en esta guerra, y en todas las guerras habidas en el mundo? Es el resultado de una reacción normal de auto-defensa instintiva, a través del miedo, o mejor, de los miedos; porque existen miedos con minúscula y miedos con mayúscula.

Yo, personalmente, pasé tres grandes miedos (con mayúscula) : la primera vez, cuando era recién llegado a mi destino al hospital frontal del I.C.E ; y justito en esa zona había ocurrido pocos días antes la derrota de un regimiento nuestro, y el monte se hallaba infiltrado por soldados enemigos, rodeándonos por todos los flancos; la segunda vez, cuando me convertí en blanco de un avión boliviano, que me tuvo acorralado a metrallazos, en cierta ocasión que yo regresaba del hospital a mi carpa; y la última, cuando hacíamos, con mi hermano José, un viaje de recorrida con el objeto de tomar

conocimiento acerca del famoso camino “Lóbrego”; viaje en el que nos encontramos, frente a frente, con dos soldados enemigos que, por suerte, se hallaban perdidos en los montes, y más que nada, esmirriados por el hambre y la sed.

Llegamos a Puerto Casado a las 15 horas; y tras una laberíntica andanza, sin orden ni concierto, decidimos por nuestra propia voluntad –mi compañero del Colegio Nacional, Regis y yo-, emprender viaje a Isla Poí, en el primer vagón disponible de un tren de carga que circulaba entre Puerto Casado y Villa Militar.

Regis se había alistado en la Intendencia de Guerra, en la rama de Administración de la Sanidad Militar, y oficiaba de teniente segundo de reserva.

En tanto que el tren ganaba las distancias silbando, y echando espesa humareda y chirriando, Regis y yo dialogábamos, olvidados de la guerra, como si fuésemos excursionistas de un safari, internándose en las entrañas de la selva chaqueña.

-¿Cuál es tu destino, Carlos?

-El hospital frontal del I.C.E.

-¡Vaya casualidad! , yo voy también allí... soy teniente galleta, según habrás notado.

-Y yo, teniente mandy´yu.

-Teniendo ambos el mismo rumbo y el mismo destino, desde ya te invito a una comilona en cuanto me instale con mis carpas de víveres.

-De seguro iré a visitarte.

Recordamos en nuestra charla baladí el caso del intento de desertión; también recordamos a nuestras mamás, hermanas y novias. Yo me cuidé

muy bien en esconder mi desventura amorosa. Luego, nos detuvimos a recordar a nuestro impagable profesor de gimnasia, un viejo coronel retirado, de bigotes de alambre, bonachón y muy amigo de la muchachada. Nos reímos con muchas ganas de sólo remedar su modo de pronunciar la “ch”. El muy campechano seguía pronunciando la ch española como si fuera la ch guaraní, a pesar de sus sesenta años y su grado de coronel. Ni los estudios, ni el roce ciudadano, ni el grado militar habían podido quitarle la modalidad idiomática aborígen.

Llegamos a Villa Militar en más de dos horas (en verdad, fueron casi tres); y tan solo habíamos recorrido unos 145 kms. Comenzaba a declinar el día.

Fue una gran alegría avistar a mi hermano José entre la gente que esperaba la llegada del trencito, y principalmente, el nuevo contingente de tropa y oficiales. Este hermano mío tenía la fama de ser un calificado chofer y gran conocedor de las rutas chaqueñas.

Nos abrazamos; y de inmediato, hice las presentaciones de Regis y mi ordenanza.

Regis le pidió a José que le señalara el sitio donde tenía que concurrir para presentarse a sus superiores jerárquicos de la Intendencia de Guerra. En ese momento nadie mejor que José para orientarlo debidamente. Luego que recibiera sus indicaciones, Regis se despidió con fuerte apretón de manos. Añadió sonriendo:

Te espero en mi pagüiche, Carlos; allá en El Carmen.

-Convenido, Regis; y que tengas buen viaje.

-¿Este muchachito Pérez es tu ordenanza? – me preguntó José.

Sí; lo encontré entre la tropa, durante el viaje.

-No te va a servir, es muy “nuevo” para este infierno chaqueño. No creas que allí, en el frente, la vas a pasar cómodamente, sin sobresaltos ni julepes. Allí te hará falta un ordenanza canchero. Posiblemente, vas a necesitar a alguien que sea al mismo tiempo tu ordenanza, tu sirviente, tu hermano y tu mamá. Tiene que saber rebuscarse para lavar la ropa; tiene que saber cómo se prepara un cocido, tiene que ingeniárselas para requechar lo que haga falta, como galleta, por ejemplo, o yerba o azúcar, y tener los ojos bien abiertos. Te transfiero a mi propio ordenanza, el Cabo Duré; a cambio de Pérez, que pinta todavía como un chingolo recién caído del nido. Habrá que enseñarle muchas cosas más antes de que pase a ejercer funciones tan importantes como es el cargo de ordenanza; y ni qué decir, para el de ordenanza en el frente de operaciones. Allí la cosa es bien brava; los “saiyuvys” te silban rozándote las orejas, y si la suerte no está de tu parte, dejás allí el pellejo... cuántos han muerto por causa de las balas perdidas. Es función del ordenanza saber elegir, en tu caso, un buen sitio donde instalar tu carpa individual, que te ahorre saiyuvyses, picaduras de vívoras, jejenes, mosquitos, etc.

El cabo Duré era un hombre de unos treinta años, moreno, fuerte y de rostro curtido; rápido en el percibir, captar, pensar y actuar. Sabía de todo; y

hasta sabía arroparlo a uno con su propia manta, mientras uno dormía, cuando el frío “pelaba” por las noches. Nunca se lo veía cansado, ni deprimido; siempre estaba listo y atento. Jamás decía “no puedo” o “no sé hacer”. Sus expresiones corrientes, decididas y francas, eran: “he de conseguir”, “he de saber hacer”, “al momento estoy a sus órdenes”.

Desde la quietud de mi hogar, a cincuenta años de la contienda del Chaco, todavía le recuerdo con mucha gratitud, por todos los servicios de ordenanza, de sirviente y de mamá que me prestara; y le digo muy emocionado, una vez más: “Gracias, ordenanza Cabo Duré”.

PERIPECIAS DE UN VIAJE INOLVIDABLE

Pernoctamos una noche en la Villa Militar; y al día siguiente partimos a nuestro lugar de destino, apenas terminado el almuerzo del medio día.

Un camión de carga bastante grande, marca “Ford”, era el vehículo que nos destinaron para el traslado de unas cincuenta personas, todos oficiales de baja graduación. Unos tenían por destino el propio frente de operaciones; otros, el hospital frontal; y otros, la administración o intendencia del mismo.

Formábamos parte de un convoy compuesto por unos diez camiones que transportaban en su mayoría a unos quinientos soldados. Nuestro camión encabezaba el convoy.

Íbamos sentados en bancos largos de madera, dispuestos paralelamente, junto a las barandillas laterales de la carrocería. En el medio de uno de los bancos nos sentamos, uno al lado de otro, Regis y yo; y nuestros respectivos ordenanzas cerca de nosotros: el cabo Duré, a mi izquierda; y el ordenanza de Regis, a su derecha. A continuación del cabo Duré estaba ubicado un compañero del bachillerato que tenía jalones de capitán de infantería de reserva, de apellido Ríos; quien tenía por destino el propio frente de operaciones.

Regis y yo, de tanto en tanto, dialogábamos de manera entrecortada, cuando el ronquido del motor aminoraba.

Las peripecias del viaje hacían poco propicio el diálogo. Entre los barquinazos que se sucedían, ora a la derecha, ora a la izquierda, amén del ruido del motor, prácticamente se tornaba imposible el diálogo. A pesar de ello intercambiábamos breves expresiones y palabras sueltas.

A menudo el chofer se veía forzado a poner en primera la marcha del motor, para no atascar el vehículo en los arenales.

El viaje se estaba poniendo largo y cansador. De a trechos, el camión andaba a paso de tortuga. De tanto en tanto, el chofer nos requería a todos los pasajeros que bajásemos del vehículo para darle un resuello al motor; y además, había que ayudarlo a superar las huellas profundas en medio de un mar de arena blanda, movediza y polvorienta. Empujábamos el camión entre todos; y aun así, no lo podíamos sacar de las hoyas, a veces. En los lugares donde las huellas eran muy profundas los choferes apelaban al recurso de rellenarlas con hojas de caraguatá, atravesadas. La solución del problema me pareció perfectamente adaptada a la geología y la flora del Chaco. Las hojas del caraguatá eran muy resistentes a la intemperie y al paso de los camiones. Era una prueba evidente de la perspicacia y el ingenio del hombre paraguayo cuando la necesidad apremia, y no existe ninguna solución a vista. Me refiero a la solución cohonestable con los avances de la mecánica y la tecnología; en menos palabras, cuando se carece de apoyo logístico.

Bajarse del camión para zafarlo de su atolladero se volvió rutina cuando transitábamos por extensos arenales; y, al retomar los asientos ocupábamos ordenadamente nuestros respectivos lugares, como si hubiésemos pagado pasaje con asientos numerados.

El techo de la cabina se hallaba a la altura de nuestros hombros; y esto hacía que el ramaje de la arboleda que emergía en el espacio vacío del camino, nos golpeará la cara o la cabeza con hojas y ramitas tiernas, a las que nadie prestaba demasiada atención. Por reflejo de defensa instintiva, levantábamos mecánicamente nuestros brazos o agachábamos la cabeza. Una de esas ramas le arrancó la gorra, limpiamente, a uno de los viajeros; y tuvimos que detenernos para que se fuera a recogerla. Algunos usábamos gorra en vez de kepis, por razones de comodidad.

El grito de ¡cuidado! Procedente de la cabina daba la señal de aviso de que el ramal intruso en el túnel de la ruta era de mayor consistencia. Nadie se tomó nunca la molestia de machetearlo para sacarlo del camino, y evitar posibles desgracias personales. Son los baches de nuestra natural idiosincrasia. Nosotros tampoco los cortamos. Que se las vean los que vienen detrás.

Les hablaba recientemente del “túnel de la ruta”; expresión que reviste la estructura de una frase literario prefabricada, destinada a impresionar a quienes siguen mi relato; pero, lo cierto es que no existe tal propósito. Largos trechos de los caminos se encuentran inmersos en la espesura de los montes (algunos, más o menos tupidos que otros); aunque –

por lo general- no lo son tanto. Estos túneles han sido abiertos a golpes de machete por las brigadas camineras, en medio de la floresta agreste y espinosa, con la finalidad de unir los fortines por la distancia más corta. Del ingente esfuerzo y sacrificio desplegado por esas brigadas nos habla la especialísima circunstancia de que esa floresta gozaba del mérito de cargar sobre sí milenios de virginidad; y era hollada por vez primera. Cuando la urgencia bélica apremiaba, los macheteros encargados de abrir las picadas y caminos se limitaban a desbrozar los montes delineando las brechas; y el ensanchamiento y la limpieza de breñas y matorrales corría por cuenta de los usuarios.

Extensos trayectos de algunos caminos por los cuales transitábamos eran de reciente apertura; y de ser posible, semiocultos en la selva. Se los destinaba para el transporte hacia los frentes de lucha de nuevos combatientes, técnicos y profesionales; y, por descontado, material de guerra de toda laya. Se escogían, ex profeso, rutas que no estuvieran a merced de la aviación enemiga, para asegurar el arribo de tropas de refuerza, a fin de recomponer las líneas frontales, desarticuladas a causa de la derrota reciente habida en Cañada Strongest.

Nosotros, y muchas otras camionadas de soldados y pertrechos íbamos a esa zona.

Los camiones corrían veloces cuando el camino lo permitía; y estos trechos de suelo más consistente alternaban con extensos arenales, en los que las ruedas se hundían hasta los ejes.

En los tramos que permitían al chofer desarrollar un tanto más la velocidad, había que estarse muy atento y precavido para evitar los latigazos provenientes del ramaje intruso. Con todo, los latigazos no se podían esquivar siempre; y el rostro sufría el impacto artero.

Nuestro común compañero del bachillerato, capitán Ríos, era un joven taciturno, evasivo para el diálogo, y esencialmente introspectivo. Antes de subir a ocupar nuestros puestos respectivos en el camión que nos transportaría al frente, nos dimos un fuerte apretón de manos; y luego, se llamó a silencio. No participaba de nuestro diálogo; iba totalmente abstraído. Regis y yo entablamos diálogo, y él se llamó a silencio; pensativo, olvidado del mundo, y mecido por los vaivenes del vehículo.

Iba sentado en el mismo banco que el nuestro, a continuación de mi ordenanza Duré.

Duré, en sus constantes viajes por los caminos chaqueños, en compañía de José, había adquirido la experiencia acerca del peligro que entrañaba para la integridad física de los viajeros el follaje que emergía en el interior de las rutas. Su experiencia rutera; o, al decir de José, su “cancha”, me salvó el pellejo, gracias a una felicísima y oportunísima decisión, mientras transitábamos por uno de esos tramos en los que el camionero imprime velocidad al vehículo. No se oyó el consabido ¡cuidado!. El caso es que el chofer se vio obligado a realizar un rápido viraje, y el vehículo corcoveó, y luego se encarriló por una ruta accesoria; mejor diríamos, un ramal de emergencia. Las agachadas de cabeza fueron simultáneas entre todos los que

estábamos sentados en nuestro banco. La verdad del caso es que yo no me agaché por decisión propia, sino por una mano providencial, fuerte, que me empujó hacia abajo. Fue una salvada milagrosa, que se la debo a mi ordenanza, el cabo Duré; y a quien doy las gracias cada vez que me acuerdo de aquel episodio.

Empero, aquí no termina el relato de lo acontecido en ese escalofriante imprevisto. Salvé mi vida, es cierto; pero no tuve tiempo ni para secarme el sudor frío de la frente y el espinazo; pues, en ese mismo episodio cargado de galvánico dramatismo, segundos más, perdía la vida trágicamente nuestro ex condiscípulo capitán Ríos. Precisamente, esa gruesa rama que pudo haberme dado muerte, tomó desprevenido al amigo, que posiblemente estaría ensimismado, en razón de su vivencia introspectiva.

Su cabeza se transformó, de repente, en una suerte de pulpa sangrante. El cráneo explotó; la masa encefálica se hizo pedazos y la sangre brotaba a borbotones, como surgiendo de un manantial diabólico, tiñéndose de rojo minio a quienes nos hallábamos cerca de la víctima.

El ¡alto! ¡alto! que todos gritábamos adquiría el clamor de almas aterrorizadas. Al fin, se detuvo el camión.

Reinaba una contricción colectiva. Estábamos atónitos por el drama que nos cogiera tan de repente. Se vivió por espacio de media hora un clima de honda tragedia.

Alguien, resueltamente extrajo de un bolsón de cuero una pala, y comenzó a cavar en la ladera, cubierta de maleza, una sepultura. Con solemnidad

enterramos el cuerpo del ex discípulo. Lo despedimos con profunda unción, diciéndole nuestro último adiós. Reiniciamos el viaje con el corazón atenazado por un dolor angustiante, en razón de que el stress que habíamos padecido rebasaba con mucho nuestra reactividad orgánica y anímica normal. Aquel sitio luctuoso fue marcado con una piadosa y tosca cruz, hecha con ramizas cruzadas y atadas con un piolín trenzado de fibras de hojas de caraguatá.

Desde allí no aconteció nada digno de mención; o mejor, casi nada, porque marchado veloz el vehículo por una explanada, diríase lampiña, totalmente pelada de vegetación, nos sorprendió un lampo, preludio de una borrasca, que se nos vendría en menos de un parpadeo. El ventarrón que le precedió nos llenó de abundante polvillos de arcilla; y tras esto, el aguacero lo convirtió en lodo. Nuestra vestimenta de campaña quedó con un enlucido color ocre, brillante.

Quién más, quién menos, deglutióse con paciencia una andanada de palabrotas groseras; o cuando menos, alguna protesta de impaciencia; porque al final de cuentas ¿a quién había de dirigirlas?. Fue obra de una borrasca que se formó y se precipitó en cosa de minutos.

La resignación frente a estos avatares de la guerra se convirtió, en el futuro, en la virtud obligada, siempre que las circunstancias imprevistas nos hacían una mala pasada. Aprender a educarse en la paciencia es parte importante de la vida; y configura la esencia de un sabio consejo que no legara la filosofía oriental. A tenor de esta filosofía, la paciencia y la perseverancia son las dos caras de

una misma moneda, que nos sacará de aprietos cuando se la sepa emplear. En ocasiones apelar a la paciencia; y en otras, a la perseverancia; y en las más, a ambas. Quien así no lo crea, le invitamos a leer un antiquísimo cuento chino titulado: “Cheng y el grillo”.

El cabo Duré, que era gran conocedor de la red de rutas y caminos del Chaco, solía citarme por sus nombres los diversos puntos por donde pasábamos; así como los de las rutas por donde transitábamos. Fue así que por boca de este baqueano supe el itinerario de nuestro atribulado y sacrificado viaje, camino al frente de operaciones.

Partimos de Isla Poí, y enfilamos hacia Boquerón. De ahí, tomamos el camino a Yukra; seguimos viaje a Arce (Dr. Francia), y de allí a Falcón (Tte. Rojas Silva). Este fortín se halla situado en el límite norte de Campo Aceval. Cruzando casi verticalmente todo el ancho de este campo se alcanza el fortín Rancho Quemado, que se halla sobre el límite sur de este inmenso pastizal. De Rancho Quemado nos dirigimos a Rancho Ocho, situado a unos ocho kms. de distancia del anterior, en dirección sur. Con rumbo siempre al sur, pasamos por la inmortal Nanawa; y a partir de aquí, desviamos casi en ángulo casi agudo, tomando el camino que corre de este a oeste hacia Samaklay; luego Murguía, Saavedra y Muñoz. Finalmente, se sucedieron Margariños, Linares, Strongest. De aquí nos trasladamos a Cañada El Carmen, situada a

pocos kilómetros al oeste de la famosa Ruta Franco. Por el lado oeste, lindaba El Carmen con Strongest.

Para una mayor exactitud, aclaramos que el hospital frontal, que era mi lugar de destino, se hallaba situado a unos 150 kilómetros de distancia al oeste de Camacho, en línea recta; que es exactamente el trayecto recorrido por la ruta Franco.

Digamos que en el largo trayecto entre Samaklay y Muñoz, los caminos cruzan un inmenso bosque; el cual va a confundirse con los montes de Saavedra, impresionantes por su dilatada extensión.

LA VIDA EN EL HOSPITAL FRONTAL

Calculo que el hospital frontal estaría ubicado a unos mil metros del frente de operaciones; se oía el cañoneo sordamente, como entre nubes de algodón. El seco tableteo de las ametralladoras era un ruido más a propósito para predisponer al miedo. A mí, personalmente, se me hacía que fuera un robot empecinado en acribillar a balazos.

Nosotros llegamos cuando el sol había transpuesto ya el horizonte; y con ello, el relente recuperaba su señoría en las noches chaqueñas. El cierzo nos obligaba a abrigarnos con camisetas de mangas largas. Ya era otoño chaqueño 34. Aún en las jornadas bochornosas, entrando el sol en la cifosis de su curva, yendo camino del ocaso, el viento se refrigera, y el frío se acentúa en la noche plena, a tal punto que nos acostábamos con toda la ropa puesta, y sólo aflojábamos los cordones de los botines.

En la planicie chaqueña sucede algo similar a lo que ocurre en la luna: basta una leve sombra para que el frío desplace al calor. Las primeras sombras de la noche dan lugar a un cambio importante de la

temperatura; y es frecuente que el frío campee durante toda la noche.

El cabo Duré, mi ordenanza, instaló en un santiamén la carpa individual en sitio cubierto por espesa arboleda. Hasta ella se llegaba transitando un tapé-poí de unos veinte metros de largo, y medio de ancho. El terreno circundante en todo el entorno de la carpa quedó exento de yuyos y hojarasca, por lo menos, en un ancho de cinco metros a la redonda.

El nunca bien ponderado “catre pelado” de campaña fue instalado en el centro de habitáculo. El cabo se acostaba sobre sus mantas en el suelo, protegidas de la arena por una loneta de regulares dimensiones. Tenía el arte de arrollarse sobre sí mismo, como un ciempiés, cuando se disponía a dormir. Aquí –en el Chaco- aprendí algunas mañas usadas por la gente pobre; las que saben encontrar recursos elementales cuando afrontan situaciones desfavorables. En esta ocasión, me percaté de lo mucho que abriga el calor producido por las propias calorías cuando se sabe dormir bien acurrucado.

Las carpas hospitalarias se hallaban distantes unos ciento cincuenta metros de la zona habitacional, en dirección al este; todas al abrigo de los árboles, aunque no lo estaban tanto. Se llegaba a ellas por un camino casi a cielo abierto, cruzando un breñal no más alto que la estatura de un hombre; y aunque impresionaba ser amplio, tan sólo daba paso a

una camilla, de las que se usan para el traslado de enfermos.

Los dominios de Regis, con sus almacenes de víveres y vituallas, se hallaban ubicados en dirección sureste, a unos doscientos metros del hospital.

El Tte. Regis se enorgullecía por la gran variedad de artículos de provista, según sus propias manifestaciones; pero, a decir verdad, el menú de la plana mayor hospitalaria se constreñía al poroto, locro, locrillo, fariña, carne conservada y los famosos galletones repletos de polillas y gorgojos. No faltó nunca azúcar, yerba mate, sal.

Por suerte y para nuestra propia satisfacción, nuestro director no era solamente un excelente cirujano, sino también un “gourmet”; y a la vez, un porfiado aficionado al arte culinario. En menos palabras, un genial creador de comidas deliciosas. De yapa, la caza de aves y ganado menor, como el venado, constituía su diversión predilecta. Por esta doble afición de “gran lord”, el señor director regresaba, a menudo, de sus cacerías con su precioso cargamento de pequeños bípedos y cuadrúpedos comestibles, y de paso, con dos o tres mazos de hierbas silvestres aromáticas con que aderezar sus regias preparaciones culinarias, tan ricas que nos chupábamos los dedos con el mayor descaro.

La comilona más fabulosa fue la que nos ofreció el director, en una ocasión en que se le encendieron todas las lamparitas de su arte culinario. Fue un regalo para el paladar. El menú contaba como plato central su “plato favorito”, a base de carne de venado. Este plato es de nunca olvidar; uno de los más sabrosos que he comido en mi vida, y con el perdón de mi esposa, que es muy buena cocinera.

Debo aclarar que este período de bonanza transcurrió en la etapa en que el hospital frontal halló una ubicación excelente, y la vida hospitalaria se tornó, diríamos, casi apacible; sin contar, por supuesto, el riesgo permanente de los saiyuvyses, las molestias de los jejenes y los moscones verdeazulados devoradores de excrementos y carne manida o putrefacta de animales muertos.

En las dos primeras semanas, subsiguientes a nuestro arribo, el hospital cambió de lugar tres veces. Existían razones de fuerza mayor que obligaban al traslado urgente. Los pelotones de patrullaje daban cuenta que las tropas enemigas se hallaban dispersas en el vecindario. Habrá que recordar que en la zona de Cañada Strongest cayó el regimiento que comandaba el Tte. Cnel. Rosa Vera; y en la zona de Cañada El Carmen nuestro ejército estaba preparando una contraofensiva. Se subentiende, pues, que en el terreno intermedio entre las dos

cañadas, el patrullaje fuese intensivo, y a menudo, se topaban patrullas enemigas, con el consiguiente tiroteo y aún, luchas encarnizadas. Las escaramuzas entre pelotones de las fuerzas de ambos bandos que porfiaban en mantener el predominio zonal y del terreno hacían imposible la estabilidad del hospital frontal.

En ese trajín del diablo que obligó a cambios de lugar del hospital frontal, en repetidas ocasiones, vióse surgir la figura del doctor Bruyn por las muestras de serenidad y notable sentido de la guerra ubicua.

Fue en la etapa que siguiera a ésta, tan agitada y peligrosa, que alcanzamos el sosiego necesario para dedicarnos al trabajo, sin tener que pensar al mismo tiempo en la perspectiva de una muerte sorpresiva o en la de caer prisioneros.

En ese periodo en que la tranquilidad anímica volvió a su natural continente, fue que el Tte. Regis me remitió una esquila invitándome a “pasar un rato agradable en sus dominios”. Mejor ocasión para el convite no pudo ser, en razón de que nuestros heridos habían sido evacuados en su gran mayoría a los hospitales Isla Poí; y en el frente reinaba una relativa calma. Sólo se oían, a la distancia, disparos aislados tendientes a mantener alertas a los vigías y a las tropas en pugna atrincheradas.

Incitaba mi curiosidad la redacción de la esquila de Regis, en la que se leía

textualmente: "...para el diálogo, el recuerdo y una grata sorpresa"

¿Cuál sería esa grata sorpresa?

Después de comer, me fui a visitar a Regis. Tomé una picadita angosta en medio del monte por ser más corta que el camino principal. Tardé cerca de media hora en llegar.

Los almacenes de provista se hallaban bien ocultos en el boscaje; extrañamente frondoso en la zona del Chaco.

Regis se hallaba en plena tarea, distribuyendo las provistas del día a las distintas reparticiones de la sanidad frontal. Su despacho estaba ubicado en una de las carpas de provistas; y tenía bajo su dependencia a una media docena de asistentes, quienes cumplían la tarea de entregar a cada interesado su correspondiente pedido de víveres y vituallas.

Los muebles de su oficina se reducían a una mesa rústica y útiles de escritorio (tinta, papeles, almohadilla, sellos, etc.).

Concluida la tarea, nos dispusimos a charlar, sentados a la sombra de una tupida arboleda.

- ¿Qué tal el trabajo en el hospital? – fue el comienzo de nuestro diálogo en aquella siesta memorable (memorable; ya sabrán muy pronto porqué; particularmente por lo que a mí se refiere).

- Pocos heridos, y casi todos leves. Tuvimos algunos casos de auto-heridos, en

las manos; uno de ellos perdió la mano izquierda.

- Hay muchos cobardes, ¿no?

- Relativo...; además, en la gran mayoría de auto-heridos, la actitud de auto-agresión se presenta como epílogo de un estado de desviación psico-anímica consecutiva al fuerte stress provocado por los extraordinarios sacrificios impuestos por la guerra; los temores y el miedo, también.

- Es que nadie quiere dejar aquí su pellejo de puro gusto. Me explicaría mejor si te recordara las palabras de un amigo mío, ilustre escritor y político, quien se expresara de este modo: “¿Qué es esta locura? ¿Qué es este delirio de sangre? ¿Por qué y para qué estamos acá? ¿Quién nos lo impuso?

- Pienso que así es en verdad... ¿quién no quiere regresar al hogar con vida?

-En líneas generales, el soldado paraguayo no es cobarde; y lo ha demostrado cabalmente en tantas batallas épicas: Boquerón, Saavedra, Nanawa...

- Yo sé de cierto que el doctor Carlos De Sanctis, médico voluntario argentino, con ocasión de la tremenda batalla de Saavedra, nos dijo estas palabras, textuales: “En Saavedra todos los combatientes por igual dieron todo de sí, nadie restó su concurso en horas tan difíciles”

- Debemos concluir, pues, que no existen cobardes.

- Supongo que así será; no obstante, tendrá que descontarse un cierto porcentaje de pyámirí. Desde luego, en toda colectividad existe un grupo de personas que no son para la guerra; y yo entiendo que no se trata, precisamente, de cobardes; sino de gente constitucionalmente ineptas para afrontar riesgos de trascendencia. Son llamadas genéricamente “seres afectivo-emocionales”.

Estos mismos seres son capaces de rasgos heroicos frente a determinadas circunstancias; tal el caso de personas que arriesgan su vida por salvar la de otro que se halla en vías de ahogarse. Actúan, al parecer, por el impulso de su resorte emocional, más que por decisión de un proceso volitivo.

- Entiendo; estoy de total acuerdo contigo.

- Supongo que tu convite no será simplemente para dialogar...según me decías en la esquila, me tienes preparada una sorpresa...

- Claro que sí...te tengo una gran sorpresa...escucha: poseo en mis depósitos más de cien bolsas de maní, recién recibidas.

- ¡Fenómeno!...esto es algo así como un postre venido del “Waldorf-Astoria”

- Cuánto me alegro por ello.

- ¿Y ese ruido de motores?...¿no te parece raro?

- Son aviones bolivianos. ¿No los has oído zumbar por esta zona en los últimos días?

- He estado tan atareado en el hospital que no he reparado en ellos. Escondámonos, será mejor. Hombre precavido vale por dos.

- Dudo mucho que puedan descubrirnos; la espesura del bosque nos protege.

- Evidentemente están en misión de exploración.

- Por lo que veo, han resuelto retirarse...ya se van rumbo al noroeste.

- Los aviones se han ido hace un buen rato; y yo haré lo mismo antes que se me venga la sombra del anochecer encima. Gracias por el maní y la galleta.

- Cuando lo desees, aquí estaremos listos para servirte, Carlos.

- Gracias, por todo...chau.

Confieso que cometí la estupidez mayúscula al tomar el camino principal para regresar; en efecto, desde arriba me pescó uno de los aviones bolí que retornaba para echar el último vistazo a la zona.

Comenzó a dispararme una andanada de proyectiles, en hilera, cada vez más cerca de mis talones. Me introduje apresuradamente un par de metros en el interior del monte, atropellando briosamente la maraña, las espinas y toda clase de obstáculo que

interfiriese mi propósito de ocultarme. Seguí avanzando paralelamente al camino principal, abriéndome paso con una energía que sólo el gran miedo es capaz de incentivar. El aviador, aparentemente, se guiaba por el vaivén de los yuyales por donde transitaba, y que apenas me cubrían la cabeza; y que para mi desgracia, se movían a la par que yo. El de arriba, me volvía a disparar andanada de proyectiles unas tras otras. En semejante trance, no tenía más remedio que lanzarme cuerpo a tierra, aún cuando ahí pudiese encontrarse con alguna yarará. Este juego del gato y el ratón –yo era el ratón-, se venía prolongando más de la cuenta. ¡Qué tremendo susto me está dando este h. p. !, me decía en mis adentros; entre tanto yo sudaba lacre desde la raíz de la nuca hasta la punta de la cola.

Después de sufrir las peripecias muy propias de esta particular situación de ratón atrapado, me escabullí no sé cómo. Luego de despistar al aviador, que seguramente me estaría buscando con sus catalejos, como un perro de caza que acaba de perderse la presa, llegué a la zona residencial.

Les decía que “me escabullí no sé cómo” del aviador; y miento, porque estimulado por el miedo, me nació al fin la idea salvadora de avanzar arrastrándome por el suelo para que el yuyal no me delatara. El peligro, indudablemente, enciende la chispa del ingenio.

Como digo, llegué a la zona residencial libre de toda persecución; y cosa extraña, aquello que parecía un poblado fantasma: no se divisaba un alma por ningún lado, y ni siquiera se escuchaban los habituales ronquidos de los dormilones, que nunca faltan. El silencio era completo. Ni los viciosos del truco se hallaban jugando en su lugar de costumbre; y eso que el truco jamás se suspendió por falta de quórum.

Ya, entrando en la antesala del bosque que ocultaba a la zona residencial, el cabo Duré me hacía señas con desesperación; que yo no las entendí. Él gesticulaba cada vez con mayor energía y nerviosismo; y yo, cada vez más boquiabierto.

Cuando los camaradas se convencieron de que el avión bolí ya no volvería, comenzaron a salir de sus respectivos pagüiches. Fue cuando acabé de comprender qué me había querido decir mi ordenanza: ¡que me hiciera humo; que desaparezca; que me introdujese en cualquier madriguera!

¡Vaya si había sido torpe! Había ya expuesto a la mira del enemigo la ubicación del hospital y sus alrededores!

Aplacados los nervios, y el silencio del poblado fantasma disipándose, la sorna y la burla fueron temas del día. El blanco de las mismas no era otro que el suscrito; y con mucha razón.

Días más, fui presa de espasmos intestinales, sin deposiciones; posiblemente

de origen nervioso. El director no lo entendía de la misma manera, porque en tono de chanza solía preguntarme, con una sonrisita hartó decidora: “¿Cómo va esa diarrea porotógena, Carlos?”.

En mi concepto, mis espasmos intestinales eran el resultado de una distonía neurovegetativa de causa emocional; pues, tardíamente caí en la cuenta de la enorme responsabilidad que me habría correspondido si el hospital hubiese sido descubierto por el avión boliviano, y sometido a bombardeo.

Este malestar intestinal me duró más de un mes; que, luego, pasó al olvido en razón de la abundante tarea hospitalaria, ajetreos y apurones, que son el pan cotidiano de la vida del médico. Concretamente, los espasmos intestinales pasaron, más que nada, por la permanente tensión anímica a la que se ve constreñido el médico, por sentirse el responsable de la vida y la salud de tantos soldados puestos a su cuidado.

LA OBEDIENCIA ROBOTIZADA

Me correspondió el derecho de rotación al cabo de seis meses de permanencia en el Chaco; y regresé a Isla Poí; sitio obligado de estada para quienes gozaban de licencia de evacuación a la capital.

Me quedé varios días en Isla Poí, donde prestaba servicios mi hermano José.

La estada en Villa Militar me permitió aquilatar en su total merecimiento el trabajo de los transportistas del Chaco.

Hombres recios, fogueados y traspasados de experiencia, se conocían como las palmas de sus manos ese laberinto de caminos de toda la región occidental. Exponían el alma y la vida misma en el éxito de cada una de sus misiones.

Conformaban un grupo de hombres aguerridos, con una voluntad hecha músculo; y el músculo, acción. Su lema de hierro: ¡que no les falte a los soldados armas, agua ni alimento!

Entre tantos malos caminos abiertos a fuerza de machete y sudor, había uno de un sabor sui generis. No por nada se lo llamó “Lóbrego”. Pienso

que el nombre expresa, por sí sólo, sus características de ruta difícil. Cruzaba extensos arenales, praderas de raquílica vegetación, pajonales interminables, y, también, perforaba el denso bosque –salvaje y virgen-, taladrando en su espesura un verdadero túnel, inmerso en la penumbra del monte.

Se me ofreció la oportunidad de conocerlo, de recorrerlo de punta a punta, aunque con la formal advertencia de los riesgos que ello involucraría.

Era indudable que para transitar por esta ruta, una condición “sine qua non” se imponía: la pericia acabada y completa del chofer. El profundo conocimiento de su máquina, era la segunda condición. Además, el chofer tenía que ser un buen mecánico de motores; un fiel amigo de su vehículo; tener un espíritu templado al fuego de mil adversidades, y una mente fría a toda prueba.

La metralleta era su compañera inseparable, en razón de que los caminos constituían verdaderas cajas de sorpresa para el peligro más inesperado.

Los felinos, las víboras, las alimañas habían pasado a ser peligros tan corrientes, como así los soldados extraviados, sedientos, obnubilados y descontrolados, talmente como si fuesen perros rabiosos de los caminos, atacando sin discriminación.

En la ocasión en que fuimos a recorrer el Lóbrego con José, sentí muy profundamente el impacto que genera la especie de ronquido lamentoso de un motor impotente, huérfano de toda ayuda, en camino poco menos que intransitable, y atascado en el arenal, hundido a tal punto que

pareciera tragárselo una ciénaga. También sufrí otro impacto no menos fuerte: el que produce la ruta-túnel, atravesando el corazón de los montes, su silencio y su densa penumbra. Es el momento en que uno piensa en todos los peligros en cierne que la fantasía de las tinieblas se imagina.

El tercero y último impacto inolvidable, fue el hallazgo sorpresivo de dos soldados enemigos extraviados, y armados. Digo mal, no fue simplemente un impacto más, fue uno de mis miedos mayúsculos en todo el tiempo de mi permanencia en el chaco. Por suerte, su mente entorpecida por el hambre y la sed de muchos días, y sus músculos debilitados no les dieron ocasión, ni posibilidad de reacción alguna. Nos acercamos a ellos con gran cautela, no fuese que sus languideces fueran fingida artimaña. Bien pronto nos percatamos que sus reflejos de auto-defensa instintiva se hallaban anulados. Era patente que sólo vivían una vida vegetativa de sobrevivencia descerebrada. Pergeñados de pordioseros, en tono lastimero y mendicante, farfullaron la piedad de un sorbo de agua y un poco de pan.

Los ayudamos con lo que estaba a nuestro alcance, generosamente: algo de beber y comer.

Satisfechas sus necesidades vitales primarias, los acomodamos en la carrocería, recostados en el suelo y maniatados: no sea que al revivir se convirtieran en serpientes venenosas, como la del cuento del labriego caritativo. Con perdón de Dios y de todos los hombres, en la guerra toda precaución es poca. Concluido nuestro periplo

del Lóbrego, entregamos el par de prisioneros a la superioridad.

En Asunción me esperaba una nota oficial de la Dirección Superior de Sanidad Militar, en la que se me fijaba mi nuevo destino. Nada menos que el de Médico Jefe de la Cañonera “Tacuarí”

Título ampuloso, nada más. No se acompañaba de ascenso militar, ni se fundaba en mi buen currículum de dos años de servicio. Aquí el mérito no entraba en funciones; la competencia profesional y la voluntad de trabajo se marginaban ex profeso, conforme a la influencia de factores ligados a intereses creados.

La fecha de mi presentación no me daba ocasión de gozar de mi mullido lecho hogareño sino la noche de mi arribo a Asunción.

Me embarqué al día siguiente, a primera hora de la mañana. El Comandante de la unidad me impuso el cargo de Médico-Jefe en breves palabras.

En un somero balance, me percaté que el consultorio gozaba de una miseria franciscana: una pequeña vitrina desprovista de medicamentos, unas pocas cajas de instrumental, vacías; un bisturí oxidado, una tijera inservible, dos carretes de tira emplástica, tres latitas de gasa (posiblemente ya contaminada), y dos irrigadores con flagrantes desconchaduras de su enlozado, señal inequívoca de su constante uso.

Rodolfo, un estudiante del primer curso, hacía las veces de practicante.

En el consultorio todo olía a vetusto; y se respiraba un tufo mugriento, pesado, húmedo y carente del necesario oxígeno para una buena y normal respiración.

Nada sobraba; todo había de menos; excepción hecha de los irrigadores (es lo que me supuse yo en un cálculo a primera vista). Pero, sólo a primera vista; porque resultó que uno de los irrigadores se destinaba al uso de la oficialidad; y el otro, a los marineros. Ya se sabe con qué fin.

Las jerarquías de a bordo pretendían señalarme la necesidad de que mi practicante fuera destinado a la atención de los gonorreicos crónicos de la tropa; y yo, a la de la oficialidad.

Resistí el chantaje; lo que me costó un aislamiento obligatorio en mi vida de relaciones.

Así comenzó el malentendido con el Comandante de la Unidad. Estoy seguro que en este lío se hallaba de por medio la cizaña de un alto oficial que venía padeciendo de gota militar; y aspiraba a que yo le dedicara mi jornada, o casi toda.

El pleito no tenía visos de solución; y, entre tanto, Rodolfo se encargaba de atender a los enfermos –llamémosle así- que venían arrastrando viejos problemas en sus “cañerías de desagüe”.

En el consultorio médico de a bordo eran escasos los pacientes de verdad; y en franco contraste, así se consumía bastante solución de permanganato de potasio.

A los afectados de uretritis se les enseñaba la técnica de los lavajes uretrales; y luego, cada cual cuidaría de sí mismo; tal como era norma en el Instituto de Piel y Venéreas.

Yo tenía para ese entonces mi pequeño orgullo personal, forjado en el transcurso de dos años de prestación de servicios en la Guerra del Chaco, atendiendo enfermos y heridos en los hospitales de la capital, el interior, y en el propio frente de operaciones. No iba yo, pues, a convertirme ahora en enfermero lavapitos.

Estos eran mis argumentos; y no estaba dispuesto a ceder a las pretensiones de quienes andando en correrías mujeriegas no supieran cuidar su salud.

Estaba visto que no habría solución para esta desinteligencia creada, más que nada, por la prepotencia que otorga el grado militar.

La mentalidad “programada”, para la obediencia sin reservas, por los Estados Mayores, no les da luz para el análisis razonado. Para ellos existe sólo una razón: la “razón de la computadora”, que los doctrina en la obediencia y la potestad del superior jerárquico. El criterio propio no cuenta.

Hubo un largo interregno en el que pareció aplacarse la aspereza. Incluso se representaron un par de ocasiones en que tuve la oportunidad de dialogar con mi superior; y como resultado de tales coloquios deduje que el hombre no tenía mala pasta; si bien, estaba claro que los “programadores” de la disciplina castrense conocen a la perfección el arte del lavado cerebral.

En cierta oportunidad en que viajábamos a Bahía Negra, se nos vino al encuentro un avión enemigo. Hubo zafarrancho de combate...¿para

qué?...para tirotearle algunos cientos de proyectiles, sin perspectivas. Resultaba un alboroto muy tonto. Se carecía de armamento antiaéreo de precisión. En la enfermería tampoco estábamos preparados para afrontar con éxito una situación de emergencia. A lo mucho, podríamos practicar curaciones sencillas y, quizás, poniendo mucha voluntad de cirujano, socorreríamos a quien necesitara un par de puntadas en la piel o ligaduras vasculares.

En concreto, todo estaba deficiente; y esto nos lo vino a poner al descubierto el avión de marras.

El avión se retiró de nuestro cielo lanzando una escupida de proyectiles que dieron a cualquier parte, menos en la unidad. Es de suponer que estuviese temeroso de sufrir las consecuencias de alguna respuesta efectiva de nuestra parte. En tren de hipótesis, es posible que su misión no fuera la agresión, sino simplemente exploratoria.

La faz cómica de este episodio nos la mostró un marinero lesionado, que se nos presentó en la enfermería. Se trataba de una contusión en las nalgas a consecuencia de un puntapié que le propinara un compañero en circunstancias en que el marinero se disponía a torearle al avión, haciéndole morisquetas de burla desde lo alto de una pila de cajones que había en cubierta.

De regreso de Bahía Negra, nos detuvimos en un puesto costero, habitual proveedor de leña de la cañonera. Era pasada la media noche y hacía frío.

Una orden superior, con carácter urgente, y válida para toda la tripulación, disponía que todo el mundo se alistara de inmediato para la tarea de carga de leña.

Si bien es de la competencia del Comando calificar la naturaleza de “urgente” de una disposición, se le notaba a la legua la falacia de tal calificación, en esta ocasión. A mi criterio se estaba haciendo uso y abuso del derecho de autoridad. La extralimitación en el uso de esta facultad cuenta en nuestro medio con un frondoso prontuario, en razón de la extraordinaria proclividad de nuestra dirigencia por el mbareté.

¡Cómo no había de subírsele a la cabeza este estigma racial por excelencia, si estaba seguro que nadie iría a denunciarlo a la Superioridad; y mucho menos probable era que lo hiciera en tiempo de guerra!

Sea como fuere, yo desobedecí la orden; y esto fue motivo suficiente para que la queja pasara a conocimiento de la Superioridad antes de nuestro desembarco en el puerto de Asunción.

Mi actitud fue calificada de “insubordinación”; y -¡ojo!- estábamos en tiempo de guerra.

Ya se sabe que “ellos” tienen la última palabra (en cuanto concierne a la vida de los subalternos) cuando no se rinde incondicionalmente culto a la jerarquía y el derecho de autoridad.

Yo no había empleado nunca mis manos para ninguna cosa que no fuera hojear mis libros de estudio; y en el par de años en que venía desempeñándome como servidor de la patria en la

rama de la medicina, ellas aprendieron a manejar el uso del bisturí, las tijeras de cirugía, las pinzas de curaciones, la aguja de sutura quirúrgica y el modo de hacer nudos de cirujano con el catgut para cohibir los vasos hemorrágicos.

Gracias a mis manos pude paliar muchas desgracias ajenas y hasta evitar algunas muertes de soldados heridos en los frentes de lucha, en donde la bala, la esquirla y el yatagán causaban horrendas heridas. Y esto no es cuento. En el hospital frontal – que fue mi último puesto de combate antes de hacerme cargo del servicio médico del “Tacuarí”-, curé heridas anfractuosas sucias de tierra, suturé músculos seccionados o destrozados, y reintroduje a su hábitat vísceras que colgaban de los vientres, abiertos por yataganazos despiadados.

Tenía yo la convicción plena que mis manos no servirían para tareas como las que imponían la orden de Comando; ni convendría que la hicieran, porque corrían el riesgo de lesionarse, por ineptas.

¿Y si lesionadas mis manos hicieren falta para una urgencia médica?. Sería llegada la hora en que el Comando y yo hiciésemos un examen de conciencia, y repartiésemos responsabilidades.

Pensando en esto, yo no estaba dispuesto a acatar la orden. Además, en la universidad mis maestros me enseñaron a actuar con cordura, plenitud de conciencia y libre albedrío. No me programaron como computadora; que, a la larga, echa tinieblas en el entendimiento, e induce a la obediencia robotizada.

La Universidad me enseñó a ser útil al semejante con amor, inteligencia, desinterés; y en la plena libertad y responsabilidad de mis actos profesionales y de conducta social.

¡Esto es lo que jamás podrán comprender y, mucho menos, practicar quienes hayan sido sometidos a la formación espiritual, anímica e intelectual por métodos identificados o asimilados a las técnicas de la computarización.

Al llegar a Asunción, en cumplimiento de orden superior, me apresté a presentarme a la Jefatura; donde me esperaba un calco informe del “Supremo”, con todas sus furias restallantes, posturas y arranques de genio exterminador, y voz estrepitosa, con miras de meter espeluzno.

Yo me decía para mis adentros que para qué servía tanta charretera y tanto aparataje de poses y gritos.

Intenté, en vano, abrir el diálogo disuasivo; ni siquiera me fue permitida la auto-defensa. La ofuscación y la prepotencia no daban paso a la serenidad y la ecuanimidad.

Comprendí que este energúmeno, desde luego, no iba a entender una jota de mis argumentos, porque estaba programado del mismo modo que el otro; agravado por el ejercicio de un prolongado dominio sobre sus subalternos; pues, quiera que no, el ejercicio del poder perdurable conduce al despotismo.

Concluida la escenificación del demonio con sus infiernos, se me condujo a una habitación pelada, a la espera de la hora del “caput”.

Que quede en claro que el trasfondo de esta tragicomedia payasesca se reducía a un par de pijas con gonorrea crónica, que anhelaban que el médico del buque les dedicara buena parte de su tiempo; y el pretexto que vino a colmar la copa de la desilusión, la famosa orden “urgente” de cargar leña.

Por suerte para mí, la gran pamplina acabó al conjuro de una fuerza extraña que abatió la prepotencia y la soberbia del personaje en cuestión.

La libertad me fue devuelta sin chistar, de resultas de este encononazo entre dos voluntades con distinto poder de decisión. De no haber mediado esta fuerza extraña, seguro estoy que a estas horas no habría podido narrarles este tragicómico episodio; del cual los archivos no conservan memoria. Todo transcurrió entre “El” y yo, cosa de breves minutos.

Según colijo, mi liberación se fraguó a nivel de compadres; y sospecho que de un compadre de mi padre; el cual era , en ese entonces, un político de relevancia y centro de gran poder de decisión en asuntos de Estado.

Entiendo que el compadre de mi padre habrá dicho al aprendiz de “Duce”, algo muy parecido a esto:

¡Bodoque!, no sabe, acaso, que ese jovencito ya lleva dos años y medio prestando servicios a la patria; y ha estado, incluso, en el frente de operaciones, en el Chaco, durante seis meses; donde no hemos estado ni Ud. ni yo”.

Y si no se lo dijo, eso es lo que yo hubiese querido que le hiciese saber.

Confirmábase, una vez más, lo mucho que puede el compadrazgo en nuestro país. Por de pronto, a mí me valió el conservar intactos la vida y el honor.

Poca gente ha de existir en el mundo que tenga plena conciencia de haberse zafado de la muerte segura. Yo me cuento entre esas pocas; y puedo afirmar que, no es, precisamente, el miedo de perder la vida la sensación más desgarrante; sino otra sensación mucho más perturbadora y deprimente: la idea de la impotencia por doblegar a la fuerza ignara de la injusticia; en particular, si ésta ha erigido sobre la fementida argumentación de la defensa de la patria. Fementida argumentación, que suele ser escudo de apátridas.

Amar a la patria, es amarla en libertad; y es, también, amarla por la libertad.

No se puede amar a la patria si no se está en posesión plena del propio albedrío. Difícilmente una mentalidad programada exclusivamente para la obediencia robotizada podrá comprender el amor verdadero por la patria.

Un amor que no se acrisola en el alma, sino que se fragua en la compleja urdimbre de los procesos electrónicos, jamás podrá elevarse más allá del nivel de amor artificial, inconsciente.

El no haberlo sentido, captado, percibido y concientizado por mediación del sensorio y el cerebro, resulta un amor desvirtuado. No se puede sentir a la patria en su verdadera dimensión sin la participación de la materia viva en el acto de su

capacitación primigenia; y concientizada en plena libertad y total albedrío.

Luchar aisladamente, como un águila solitaria, contra el esquema equivocado –aunque si bien aferrado a los elementos de alto nivel-, es exactamente igual que exponerse al fracaso de Sísifo. De ahí, surge la sensación de impotencia para doblegar a la fuerza ignara de la injusticia.

El contexto vivencial del género humano, tal como se lo ve en el presente, tendrá que desencadenar, a la larga, una pugna de ideales sociales o de normas de vida; en razón de que para la mente robotizada la justicia circula nada más que entre los estrechos márgenes de la voluntad de quien ejerce el poder (trátese de personas autocráticas o de oligarquías con centros de poder, sea éste político, plutocrático o militar); en cambio, para el ciudadano con libre albedrío la justicia no es otra cosa que la Suprema Razón. Vivir en justicia, es vivir en total acuerdo con la razón.

Como se ven, son dos posiciones antípodas.

Empero, no es de desesperar: el mundo tiene en su haber una larga historia de etapas superadas; y ya se está viviendo en los albores de la Justicia, como Dios quiere que sea. Recuérdese sino lo que nos ha dicho:

“Los bienes de la tierra y las riquezas del mundo, por su origen y naturaleza son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y los pueblos. A todos y a cada uno les compete un derecho primario y fundamental, de usar solidariamente esos bienes en

la medida de lo necesario para una realización digna de la persona humana”.

Pues bien, la Justicia es uno de esos Bienes del Mundo, a los que hizo referencia el Supremo en Su Ley Universal y la vida de los hombres.

TIEMPO DE MADURAR

Mi siguiente destino fue el Laboratorio del Hospital Militar Central.

Este traslado fue el resultado de gestiones personales del profesor Gustavo González; quien se hallaba empeñado en una serie de investigaciones científicas, entre las que descollaban, por su importancia, el escorbuto y la leishmaniasis.

El núcleo de investigadores científicos de la Sanidad Militar era exiguo; y por tanto, con capacidad limitada para dedicarse con suficientes perspectivas de éxito a la búsqueda de soluciones, a breve plazo, para los ingentes problemas que aquejaban a los soldados de nuestro ejército, en el Chaco.

Fui ayudante del célebre hombre de ciencia; quien me designó laboratorista del grupo de estudiosos encargados del problema del escorbuto, imperante entre la tropa de nuestro ejército combatiente.

Los pacientes, objeto de pesquisas científicas, se hallaban internados en el propio hospital militar de la capital. Los ví, a muchísimos, demacrados y anémicos a causa de la pequeña hemorragia gingival diaria, que sin darse tregua se

vertía en la cavidad bucal. Ya es sabido que mina el organismo mucho más la micro-hemorragia constante y prolongada que la gran hemorragia única.

Mina y arruina, para ser más claros.

Tenían la lengua permanentemente tinta en sangre, y los esputos eran espesos, de saliva densa, acompañados de minúsculos coágulos sanguíneos; y también, los teñían hilillos de sangre roja, fresca, como si un pintor caprichoso se diera el gusto de pintarlos con un pincel filiforme. Las encías se veían tumefactas, hinchadas, de color violáceo, retraídas hasta los propios alvéolos dentarios que, a menudo, quedaban al descubierto. Algunos dientes se les aflojaban y bailoteaban en los cuencos alveolares, como dientes de octogenarios.

La micro-hemorragia se acompañaba de una compleja sintomatología, que propendía a crear condiciones patológicas conducentes a la desestabilización del hemograma y el debilitamiento del metabolismo celular y nutricional; los cuales influían negativamente en la salud y la vida del escorbútico; quien se desnutría hasta la emaciación.

Mis tareas específicas en el enjudioso estudio que mi maestro venía llevando a cabo consistían en la realización de análisis sanguíneos destinados al acopio de cifras estadísticas referentes a las tasas de los distintos elementos componentes de la sangre, y los índices de los mecanismos esenciales que conforman los procesos de la coagulación sanguínea, el tiempo de sangría, y la fragilidad de las paredes vasculares y capilares. Se efectuaron trabajos de esta índole en unos doscientos

pacientes de escorbuto, en una afanosa actividad que involucraba, en cierto modo, una verdadera carrera contra-reloj; dado que el escorbuto azotaba inmisericorde a nuestros soldados del frente.

La enfermedad diezmaba a la tropa; y la evacuación de centenares de soldados afectados de escorbuto raleaba visiblemente las filas.

Había que llegar al diagnóstico preciso en el tiempo más breve, para alcanzar la posibilidad de prescribir, con la mayor urgencia, la terapéutica más eficaz.

De continuar nuestras tropas bajo la nefasta influencia de esta apocalíptica devastación, la inminencia de una derrota no sería una dudosa eventualidad; sino una penosa e inmediata realidad.

El diagnóstico preciso del síndrome hemorrágico, se había convertido en el vértice del torbellino; pues, sin él, habría sido imposible la correcta y eficaz terapéutica. Era la razón por la cual todo el equipo destinado al estudio de este problema trabajaba día y noche, sin descanso.

Esta labor, que no conoció de fatigas ni desánimos, duró más de dos meses; no obstante, el esfuerzo que veníamos realizando, todos los componentes del equipo nos sentíamos felices de poder contribuir a la solución del magno problema; y declaro que en esta cuantificación no existe exageración, dado que el escorbuto iba en aumento en el ejército en campaña.

Concluida la etapa de diagnóstico y las experiencias clínicas con resultados halagüeños, se adoptaron con celeridad las providencias para el envío de la medicina específica a los hospitales

chaqueños. Millares de limones se exprimían en Asunción, a toda marcha, para recoger su jugo, conteniendo la preciosa vitamina C; con la que había de salvarse la vida de tantos soldados, y salvar, a la vez, el curso victorioso de nuestro ejército en los campos de batalla.

Nuestras fuerzas, desde mucho tiempo atrás, venían sufriendo los estragos físicos y los deterioros de la salud en estrecha relación de dependencia de una alimentación inapropiada. El informe médico de los doctores Melgarejo y de De Sanctis, de la I División de Infantería ponía de relieve este aspecto negativo acerca de la salud de los soldados; expresándose en los términos siguientes: "...la fisonomía de un organismo enfermo, que viene sufriendo una autofagia progresiva, con repercusión hasta en la esfera psíquica" "...cuando marchan se mueven lentamente, con actitud medio rígida, la sensibilidad embotada, la reacción a los estímulos es perezosa" "...soldados que ya no tienen ni el aspecto, ni las condiciones de tales".

El jugo de limón, envasado en miles de frascos de vidrio, se remitía a diario por los medios habituales del transporte fluvial. Las esperanzas renacieron en nuestros corazones; pensando que nuestros esfuerzos se verían muy pronto retribuidos con noticias alentadoras procedentes de aquellos páramos. Mas, no fue así; y el desaliento cundió entre los trabajadores científicos, con dolores de trallazos.

Nuestros soldados seguían desangrándose, desnutriéndose y muriéndose a despecho de nuestros

exhaustivos estudios de investigación; y a despecho, también, de las maravillosas curaciones logradas aquí en la capital en centenares de enfermos escorbúticos, a quienes se administraba el jugo de dos limones diariamente a cada paciente.

¡Por qué acá, sí; y allá, no!

Las cabezas de famosos clínicos y hombres de ciencia se llenaban de grillos gritones; mas, la chispita del genio que encendiera la lámpara no se daba.

La literatura científica universal respecto del ácido ascórbico era mínima; y las revistas médicas, aún las más actualizadas, quedaban apilonadas en los anaqueles por indoctas.

Había llegado, pues, el momento de pensar con nuestras propias cabezas; liberarlos de la relación de dependencia de los científicos y de la ciencia extranjeros. El caso planteado a nuestras tropas era exclusivamente “nuestro”; y, por desgracia, era “presente” y “urgente”. No podíamos estar pendientes de los científicos de “afuera”. La incógnita tenía que ser develada “ahora” y “acá”, en nuestro país, con urgencia.

La problemática se tornaba acuciante; una cuestión de honor se le planteaba a los hombres de ciencia paraguayos: o se solucionaba el problema de los limones (mejor dicho, de la vitamina C contenida en los limones), o se sepultaban en un entierro de impotencias y agonías las triunfales batallas alcanzadas en las trincheras, montes y cañadas por nuestro ejército.

Véase como un elemental problema de alimentación se había convertido en el sustrátum del

ser o no ser para miles de soldados, y quizás, también, para la victoria final y definitiva de nuestras almas.

En América nos hemos habituado, y hasta diría, enviciado, en chupar de las tetas europeas y norteamericanas, en todo y por todo; y en cuanto a ciencia, el 100%. Empero, el problema de los limones si bien no significó algo así como un tironazo de orejas (de advertencia); para desgracia nuestra, no alcanzó el nivel de concientización en la mentalidad de nuestros gobernantes acerca de la imperiosa e impostergable necesidad de crear nuestros propios centros de investigación de altos estudios, para que al final de cada año podamos decir al mundo, con orgullo de paraguayos: “este aporte tan valioso para la humanidad es el fruto de nuestro trabajo, de nuestras investigaciones científicas, de nuestra inteligencia”.

Volviendo al problema del jugo de limón envasado y empacado con destino al chaco, y que de nada sirviera; se resolvió, al fin, por una sencilla razón de lógica, sin que mediase ninguna investigación científica que dijera: “Lo que ocurre es que el jugo de limón se oxida una vez extraído de la fruta, transcurrido dos o tres días; la vitamina C, que es el remedio esencial en la cura del escorbuto, se oxida más rápido que ningún otro componente del jugo, perdiendo por este motivo sus cualidades farmacológicas y terapéuticas”.

Esta investigación todavía no había entrado en los cálculos de los científicos –ni de los de acá, ni de los de más allá-; pero, sí la lógica nos enseñó que el jugo de limón tenía que llegar a las trincheras

antes de las 48 horas, luego de extraído de la fruta, para que fuese terapéuticamente eficaz. Esta simple precaución sirvió para acabar con el mal que diezmaba aceleradamente a la tropa; esa misma tropa que había venido depauperándose en el transcurso de dos años, a causa de la alimentación con enlatados carentes de vitaminas y otras sustancias nutritivas; pues, éstas y aquellas se hallan en proporción y condiciones vitales en los alimentos frescos: carnes, verduras, frutas y leche.

El brote de escorbuto nos enseñó que las guerras no se ganan solamente con coraje, cañones y carne conservada. Hacen falta también alimentos frescos en buena cantidad y calidad.

¡Felizmente, los días de angustia que el escorbuto nos deparara, pasaron; y la lucha armada prosiguió por sus cauces de victoria! ¡Y en esto, el limón y la naranja tuvieron gran participación!

Yo me sentía feliz, no lo niego, porque mi contribución para alcanzar la exitosa batalla contra el escorbuto había sido apreciada por mi ilustre maestro, profesor Gustavo González.

El ejemplo del jugo de limón pudo haber sido factor decisivo para el despertar de la ciencia paraguaya, que llevaba ya más de cuatro siglos de modorra.

¡Pudo haber sido; pero de nada sirvió!

¿Por qué la modorra continúa? En cuatrocientos años a esta parte, no se ha dado el caso de gobernante alguno que comprenda la magnitud de este grave problema. Y esta es la razón principalísima por la cual nuestro país es “el gran desconocido” en el concierto internacional.

No son los monumentales edificios, ni las avenidas espléndidas, sino los descubrimientos científicos de alcance universal, y las obras relevantes de las letras y las artes los que dan renombre a una nación. No se puede pretender que nadie sepa donde se halla ubicado geográficamente el Paraguay por el solo hecho de hacer clavos, ñandutíes o cambuchíes; es imperioso que además de fabricar los artículos de nuestra pequeña industria (mejor, rudimentaria industria), sepamos construir las maquinarias y las herramientas para la práctica de dichas industrias, y de todas las industrias posibles.

Las invenciones, las investigaciones científicas de alto nivel, la industria de las maquinarias-herramientas y la posesión de una tecnología avanzada son esenciales para el desarrollo independiente de una nación.

Vivimos en la displicencia más absoluta desde nuestros ancestros...¿por qué?...¡no sé por qué!...¿Será que el pudor no es inherente a nuestra condición humana y racial?¿Será que por imperio hereditario de nuestros genes y cromosomas no alcanzaremos nunca a comprender esta crucial verdad: “Si no somos los creadores de nuestra propia infraestructura social y económica, jamás seremos libres; libres de verdad. Libres, sin que dependamos sustancialmente de nadie, más que del Dios Universal”.

Ganamos la Guerra del Chaco, y seguimos siendo los dueños de todo nuestro patrimonio territorial, o casi todo; y esto me llena el espíritu de una gran alegría. Pero, por desgracia, el campesino

sigue chupando el coco como alimento básico; y seguimos usando el agua de la fécula de la mandioca o el arroz para alimentar al recién nacido. ¡Vaya cerebro el de estos chicos, y los de todas las generaciones de bebés que nacieron, socialmente, marginados desde el inicio de sus vidas!

Ha de saberse, de una vez por todas, que la leche es alimento indispensable para el desarrollo normal del cerebro humano; y que la carencia de la misma en el régimen nutricional en los primeros años de la vida lesiona irremediablemente al cerebro. El niño, ya en la segunda infancia, el adolescente y el adulto, podrán tomarse, luego, cántaros enteros de leche, en vano; puesto que las lesiones cerebrales sobrevenidas por déficit de leche durante la lactancia y la primera infancia, son irreversibles; y por ende, la inteligencia permanecerá deficitaria por el resto de su vida.

Es un hecho científico perfectamente comprobado. Es una ley biológica de la naturaleza para la especie humana.

¿Es que todavía no somos capaces de tener ganado vacuno en cantidad tal que no les falte leche natural y fresca a los bebés de esta bendita tierra.

De continuar esta negligencia, se corre el riesgo de deteriorar la raza; y de rebote la nación entera sufrirá las consecuencias degenerativas derivadas de enfermedades carenciales que degradan el intelecto y demás energías vitales.

Es imprescindible construir los cimientos que permita forjar el presente y el futuro de una tierra sana, conciente de su propia grandeza, inteligente, vigorosa, capaz de elevarse a los más

altos niveles de la creatividad y la originalidad, capaces de construir nuestras propias maquinarias-herramientas que han de roturar las sendas del proceso liberado del yugo económico del extranjero.

Mientras construimos nuestro futuro con maquinarias y herramientas venidas de afuera.

Mientras no tengamos la menor idea, ni la infraestructura necesaria que nos permitan fabricar esas herramientas y esas maquinarias, todo lo que construimos en la geografía de nuestro suelo no será nuestro...no será absolutamente nuestro; porque no pasará de ser sino una suerte de propiedad fuertemente hipotecada o fuertemente grabada por el extranjero.

Para que el futuro sea nuestro, absolutamente paraguayo, se hace imprescindible que sintamos el orgullo de saber que nuestra ciencia, nuestra tecnología y nuestra industria sean capaces por sí mismas de alcanzar los objetivos que nos proponemos.

Se vivía en las instituciones sanitarias, y en particular, en el seno del minúsculo grupo de investigadores orientados por el profesor González, la euforia del éxito logrado sobre el escorbuto. Y en cierto modo, era como luchar y triunfar en los propios campos de batalla. La enfermedad se había extendido rápidamente, como el fuego voraz que consume los montes en los días de picos de los calores estivales; y el ejército se fundía a ojos vista, sin que se pudiera remediar. No se habría podido seguir combatiendo por mucho tiempo con un

ejército condenado a la lenta destrucción provocada por uno de los peores males del Apocalipsis de la guerra. Los soldados caían como los pétalos de las rosas marchitas; caían en la inoperancia y en la impotencia porque tenían el organismo minado por la avitaminosis y otras carencias nutricionales.

Por suerte, el escorbuto ya era etapa superada.

El éxito y la gloria siempre se dan la mano, marchando en pos de un ideal grandioso. Nosotros vivíamos la euforia del éxito científico. La gloria vendría más tarde con el triunfo definitivo de las armas paraguayas.

Pero, la gloria, como colofón al esfuerzo y denuedo de un pueblo que ama a su patria, si se avizoraba, todavía se la divisaba lejana en el horizonte.

Eso, con respecto a la gloria grande. Es lo que pensábamos todos.

Aconteció, empero, algo muy sorprendente en mi vida privada, que vino a dibujar en cierto modo la idea general de la gloria grande, única, otras glorias existían en todos nosotros, sin que lo supiéramos; glorias que nada tenían que ver con ésta de la guerra.

Comencé a vivirlas y gozarlas con todas mis fuerzas interiores el día menos pensado. ¡Ella apareció, por obra del sortilegio, en el umbral de la puerta de nuestro laboratorio!

¡Allí estaba en la plenitud de la luz y la realidad! ¡Bella como nunca! ¡Radiante como un rayo de luz en primavera; tan hermosa como una flor mañanera salpicada de mostacillas de rocío!

Esa fue mi gran gloria, olvidada ya hasta de mis sueños, guardada en el subconsciente como se guarda una joya; una joya preciosa que ya no convenía volver a mirar para no causar más daño al corazón.

Pero la gloria de encontrarse de nuevo con la novia, es mucho más sentida y vibrante que cualquier otra sensación y cualquier otro sentimiento. Se la siente muy adentro y tiene la virtud de hacer brotar todos los goces espirituales al unísono; goces que surgen con gran fuerza anímica y plenos de nobleza y generosidad.

¡La noche se volvió luz radiante; y el pesimismo o la indiferencia se tornaron vivencias que laten y sonrían!

Nos miramos dulcemente a los ojos un buen rato; se le soltaron las lágrimas. Nos abrazamos con mucho amor. Luego de separarnos, me dijo muy segura de sí misma, y más que nada, con tierna convicción:

“Comprendí que no lo amaba. He vuelto otra vez junto a ti, porque eres la persona a quien amo de verdad. Ahora, me lo sé muy bien”

Permanecí estupefacto un lapso prolongado, en tanto que me decía, para mis adentros, en un susurro: “la perla ya está cuajada a la perfección; la última lección de la vida le ha dado el toque final a la obra, otrora inclusa. Ahora la miro y la remiro; y cuanto más la miro, encuentro en ella toda la esencia misteriosa y bella de la mujer. Sí, sin duda alguna, es una mujer-perla; con la que se sueña cuando uno tiene solamente veinte años de vida; cuando se es como el tallo del árbol que algún día será”.

-¿Qué me decís? – Era su pregunta ansiosa, porque mi voz interior se exteriorizaba en un susurro ininteligible.

-Decía que te he amado siempre; y ahora, más que nunca.

Un beso tierno y prolongado vino a sellar nuestro reencuentro.

¡Y ahora, sí, con amor eterno!

Evidentemente, el pedacito de mi alma que yo le transfundiera lo llevaba aún consigo, amalgamado con la suya, formando un todo único e indivisible; a igual que yo hiciera mucho tiempo atrás con el suyo.

LA EQUIDAD, INGENTE FUERZA DE COHESIÓN SOCIAL

Ya nos vamos quedando pocos. He debido sobrellevar la muerte de amigos y compañeros de la guerra. Tales: mi profesor, el doctor G. González; mi director del Hospital Frontal; Doctor López Moreira; mis compañeros Rodolfo y Rodríguez (aquel, mi practicante del “Tacuarí”; éste, el practicante mayor del hospital Anexo N° 5). Finalmente, el más entrañable de todos, Regis, (el que me invitara con los maníes, allá en el Chaco), Intendente del Hospital Frontal.

Lamento sinceramente carecer de noticias frescas acerca de las excelentes chicas que colaboraban abnegadamente en el Hospital del Colegio Internacional; y sí, me da mucho gusto manifestar que conservo gratísimos recuerdos de su trato gentil.

El país ha demostrado poseer gran vigor y pujanza para proseguir su crecimiento. Por desgracia, no tanto en lo social, como en lo económico; y la prueba más fehaciente está en que se ha formado una clase social –en el transcurso de medio siglo- con gran poder de decisión en todos los órdenes de la vida nacional.

Convengamos en que por inexperiencia y exceso de codicia se muestra ella, nada de nada, dispuesta a compartir las ganancias del producto del trabajo. No acepta, por ningún concepto –ni religioso, ni social, ni humanitario- la tesis cristiana de una más justa distribución de los bienes que crea este nuestro suelo; y la lógica consecuencia de su actitud es el abismo creciente entre dos clases sociales que tienden a ser polos saturados de energías contrarias y violentas.

La riqueza -es un paso ulterior- conjugada en un solo haz de intereses con el poder político, fue engendrando lo insospechado, lo que nadie jamás pudo imaginar: el relajamiento de los nexos familiares, y de la moral social y la ética ciudadana.

Desde muy antiguo la sociedad paraguaya se había venido distinguiendo por su pureza espiritual societaria, y una moral sustancialmente saludable.

Por éstas razones, más que ningunas otras, pudimos sobrellevar la pesada carga de la Guerra del Chaco; y aún, salir victoriosos.

Reinaban, por entonces, unión, amistad y solidaridad, sea cual fuere el paraje o población de la patria.

Éramos casi todos iguales en todo –social y económicamente hablando-; e incluso, en fervor patriótico. Tirábamos parejos todos para adelante. Ahora, cada cual, o cada grupo, tira para su lado, en mil direcciones diferentes.

En esencia, en ello está involucrada la discordia. La discordia que empezó a minar nuestros cimientos como ente comunitario fuertemente unido

y solidario. ¿Su origen? La riqueza fácil de grupúsculos, y su codicia desenfrenada, a través de la maximización de las ganancias.

Un escritor boliviano expresaba su sorpresa y confusión con este pensamiento: “Me quedé asombrado del atraso (se refiere a la ciudad de Asunción, en el 33). Completamente atrasada. ¿Y éstos nos están ganando la guerra? Las piedras de sus calles eran de punta; no había agua corriente, ni edificios altos, con mujeres montadas en burritos. Me parecía un país de leyenda. Y, sin embargo, nos pegaron palos”.

El extranjero que así hablaba ponía en claro, sin proponérselo, que la ingente fuerza comunitaria de la Asunción del 33 no residía, precisamente, en los lujos exteriores y fachadas deslumbrantes de nuestra muy amada ciudad capital.

La confusión de don Carlos Meyer Aragón –que así se llamaba el escritor de marras- se debió a la circunstancia muy especial de ignorar o desconocer nuestras fuertes corrientes internas de amistad, amor y solidaridad, que circulaban en la vida comunitaria de la sociedad asuncena de hace medio siglo.

Eran esas corrientes, anímicas y espirituales, como gruesas arterias nutricias que vigorizaban los lazos ciudadanos, a nivel de amigos y compañeros.

Pues, sí, señor Meyer; sin agua corriente, sin teléfonos y sin calles asfaltadas, Asunción vivía una vida saludable, plena de espiritualidad y con absoluto sentido de la equidad social. Como les dije antes, éramos casi todos iguales en todo.

Nos conocíamos todos, nos queríamos todos, y éramos solidarios los unos con los otros. Y todos amábamos con fuerzas arraigadas, profundas y ancestrales la tierra que nos viera nacer. La misma que defendiéramos aún sabiendo que el invasor contaba con el apoyo incondicional del imperio del dólar.

Gracias a esta mancomunidad de vivencias e ideales colectivos, el Paraguay superó el difícil trance en el que nos metiera Bolivia al invadir nuestro Chaco.

Está claro ya desde hace mucho tiempo que el “Plan de Operaciones N° 3” del ejército boliviano, fechado en abril de 1932, preveía la acumulación de 10.000 hombres en Boquerón; y otros tantos en Ingavi. Cuando el Paraguay atacara a Boquerón, se le permitiría llevar su presión hasta Ballivián; la 3ª División irrumpiría desde Ingavi hasta el río, efectuando un envolvimiento estratégico.

De este modo el Paraguay se vería obligado a aceptar un arreglo de paz impuesto por Bolivia; el cual consistiría en una línea que partiera desde 10 km. al norte del Fuerte Olimpo, hasta Linares, situado sobre el Pilcomayo, o a lo mucho hasta Ballivián.

La Providencia y nuestra fortaleza espiritual derivada de nuestro modo de vida sencillo y fraterno, y por sobre todo, carente de los odiosos abismos que surgen a consecuencia de las capas sociales extremas, echaron por tierra las pretensiones de ciertos gobernantes bolivianos ligados por intereses espúreos a intereses económicos extranjeros.

Fue nuestro Presidente, Doctor Eusebio Ayala, quien nos aclarara este aspecto de la contienda bélica chaqueña, cuando nos dijera en Abril de 1934, que Bolivia provocó la guerra para dar salida a los productos de la “Standard Oil”, mediante la navegación fluvial sobre el río Paraguay, cuyo dominio alcanzaría usurpando nuestro Chaco.

A modo de colofón, el Presidente Ayala expresaba: “Si el ejército paraguayo pudiera apoderarse de la refinería boliviana de Camiri, la máquina de Guerra del enemigo pararía en seco”.

Era más que suficiente para todo buen entendedor: el petróleo constituía un factor preponderante, en lo político y militar, en la guerra del Chaco.

No me perdonaría a mí mismo, por nada del mundo, si diera por concluida esta narración sin contarles lo que seguramente muchos de ustedes se estarán preguntando: ¿Qué se hizo de Isabel?

Pues bien, les diré que aquella maravillosa mujer, que se me apareciera el día menos pensado en el umbral de la puerta del laboratorio de investigaciones del hospital militar...esa mujer es mi esposa desde hace casi cincuenta años, y vivimos felices; constituimos un hogar sin problemas y tenemos tres hijos excelentes. Todo lo cual pone el sello de certitud a la tesis expresada por el paí Aguirre; acerca de la cual me permito recomendarles releer el capítulo IV de esta misma novela.

Tal es cierta la tesis susodicha que me resulta placentero reiterarles a mis lectores la maravilla de mujer que me tocó en suerte; y verán

porqué lo digo: disminuidas un tanto la belleza y lozanía de la edad juvenil, por imperio de las leyes biológicas, en su lugar han venido acrecentándose – en su diario trato y manera de ser- el sentimiento de compañerismo, la cordialidad, el afecto, una natural inclinación al mutuo entendimiento, vocación de madre abnegada y de abuela que se desvive por sus nietecitos.

En resumen, sigue siendo una verdadera maravilla de mujer.

INDICE

	Reflexión.....	Pág.	
I	Entre Ud. y yo.....	“	7
II	La Clarinada de alerta.....	“	9
III	Manos ajenas en la Guerra del Chaco.....	“	17
IV	Singular ocasión para el amor.....	“	23
V	Un ramillete de chicas excelentes.....	“	41
VI	La geometría del boomerang.....	“	51
VII	Vivencias de la batalla de Nanawa.....	“	59
VIII	En marcha hacia el poniente.....	“	67
IX	Peripecias de un viaje inolvidable.....	“	87
X	La vida en el hospital frontal.....	“	101
XI	La obediencia robotizada... “		111
XII	Tiempo de madurar..... “		123
XIII	La equidad, ingente fuerza de cohesión social..... “		137
			151
